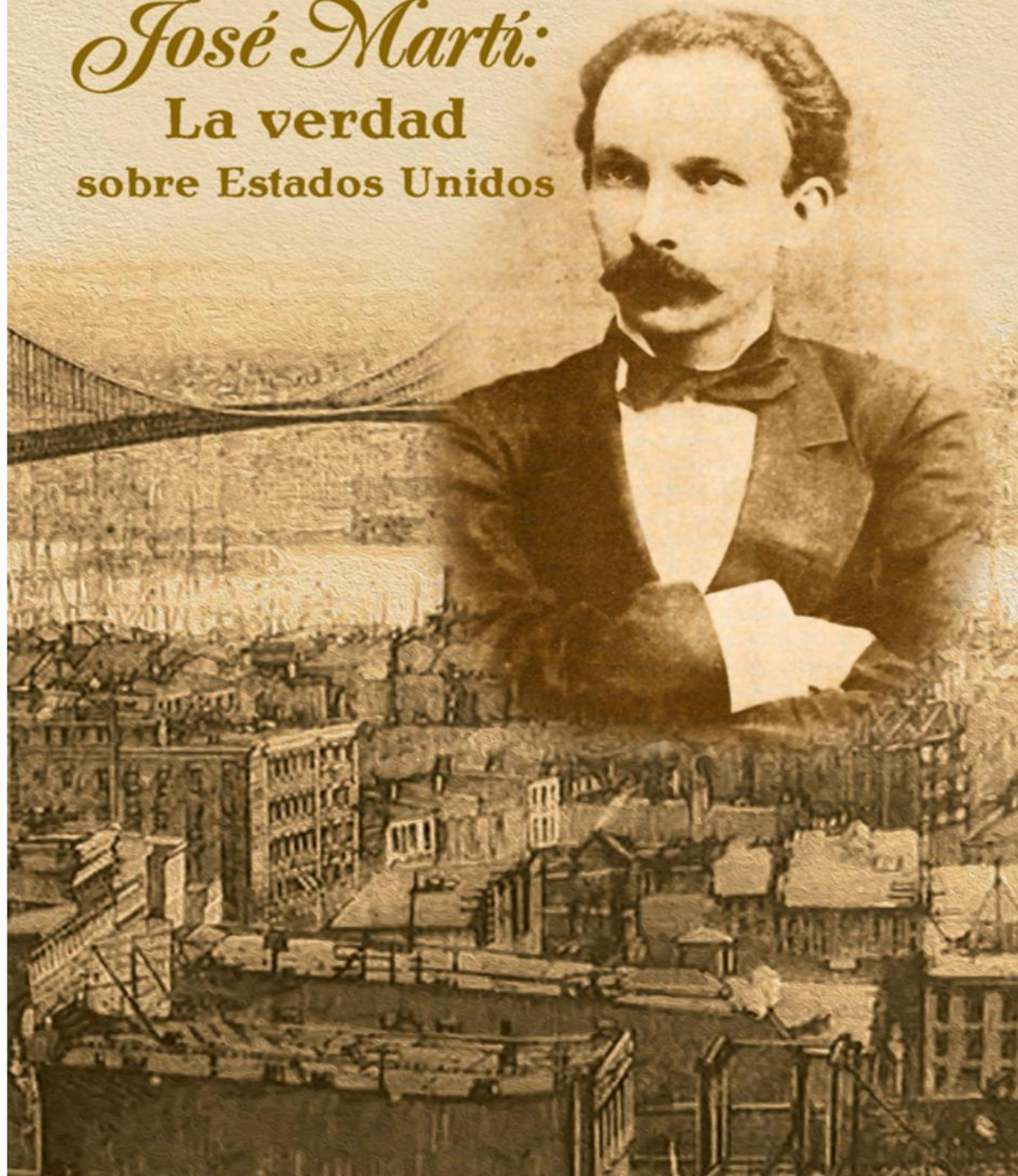


José Martí:
La verdad
sobre Estados Unidos



José Martí:
La verdad sobre Estados Unidos

COLOQUIO INTERNACIONAL
CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS



La Habana, 2018

Edición / Aida Matilde Martín Fernández
Diseño interior y composición / Ileana Fernández Alfonso
Corrección: Regina Arango Echevarría
Composición digital: Grupo de desarrollo del CEM

Edición digital / Grupo de desarrollo del CEM, 2018

© Centro de Estudios Martianos, 2018

Sobre la presente edición:

© Centro de Estudios Martianos, 2018

ISBN 978-959-271-316-1

Centro de Estudios Martianos
Calzada 807, esquina a 4,
El Vedado, CP 10400,
La Habana, Cuba
Telf.: (537) 836 4966 al 69
Fax: (537) 833 3721
E-mail: cem@josemarti.co.cu
editorial@josemarti.co.cu
www.josemarti.cu

Prólogo

Desde su independencia, Estados Unidos ha sido un factor de consideración en el proceso histórico cubano, marcado sobre todo por el interés aún creciente a lo largo del siglo XIX de establecer un control hegemónico sobre la Isla, muy efectivo entre 1898 y 1959. Ello explica el continuado empeño durante más de medio siglo de la política de esa nación por aplastar la Revolución Cubana desde sus inicios por cualquier medio, incluido el empleo de la agresión armada, y la confesa intención actual de modificar el sistema social cubano mediante el socavamiento de sus fundamentos y de su base social.

A finales del siglo XIX, durante su larga estancia de casi quince años en Estados Unidos, José Martí estudió a fondo aquella sociedad en sus raíces históricas y sociológicas, y entregó en su “Escenas norteamericanas” el más importante examen de aquel país efectuado por un extranjero.

Animado por el propósito de dar a conocer las complejidades, variedades y tendencias predominantes en el vecino del Norte, el cubano publicó más de trescientas crónicas con el fin de demostrar a sus lectores de Hispanoamérica que Estados Unidos no podía ser el modelo a seguir por la que él llamó nuestra América, dado que sus condiciones históricas, sociales y culturales eran profundamente diferentes, y que estas conducían al desconocimiento y al desdén de nuestros pueblos, sustento de un afán dominador sobre ellos.

Con sobrada razón ha sido calificado Martí como uno de los primeros antimperialistas del mundo moderno, y como el lúcido líder de la independencia cubana para impedir la expansión estadounidense desde Cuba sobre el resto del continente.

Por consiguiente, la mirada martiana sobre Estados Unidos ha sido siempre un discurso de alerta para varias generaciones de patriotas cubanos. Sus textos han sido de enorme utilidad para afrontar los peligros vividos por la nación y para luchar por una relación equitativa y respetuosa entre ambos estados y pueblos.

Partiendo de la experiencia propia; con conciencia del valor estratégico de ese conocimiento para los revolucionarios de ese país —y ante las nuevas realidades que se abren a la nación cubana en sus relaciones con Estados Unidos— orienté al Centro de Estudios Martianos crear un grupo interdisciplinario con especialistas, también de otras instituciones, para hurgar en la visión martiana sobre Estados Unidos y favorecer su difusión.

En esta línea, entre el 18 y el 20 de mayo de 2016, el Centro de Estudios Martianos organizó el Coloquio Internacional “José Martí: su visión sobre los Estados Unidos de América”, que reunió una notable cantidad de ponentes con aportadoras aproximaciones al tema convocado.

El presente folleto reúne los textos de dos de los paneles de ese Coloquio. El uno, titulado “La verdad sobre los Estados Unidos”, lo integraron tres estudiosos de la amplia obra martiana: los doctores Francisca López Civeira, profesora de mérito de la Universidad de La Habana, y Pedro Pablo Rodríguez, e Ibrahím Hidalgo Paz, investigadores del Centro de Estudios Martianos. El segundo lo formaron tres destacados jóvenes del Movimiento Juvenil Martiano: Yusuam Palacios Ortega, Adalberto Hernández Santos y Harold Bertot Triana.

Así, representantes de dos generaciones diferentes, unidos por el amor patriótico y el respeto al ideario martiano, nos entregan sus reflexiones, en demostración de la continuidad del pensar de José Martí en la Cuba de hoy.

Dr. Armando Hart Dávalos

La Habana, junio de 2016

Las luchas sociales y el giro martiano ante Estados Unidos

Dr. Pedro Pablo Rodríguez

La América del Norte “va de más a menos.” Así escribía José Martí a finales de 1890 en obvia alusión a Estados Unidos, al mismo tiempo que decía que nuestra América iba “de menos a más”. Interesante esa comparación en un texto dedicado a buscar la clave del enigma de Latinoamérica, por lo que sometía a nuestros países a una aguda crítica de sus basamentos histórico-sociales. Se trata, como muchos recordarán, de “Nuestra América”, publicado el primero de enero de 1891.

No es casual que en este ensayo, al advertir que “el desdén del vecino formidable” —ya con claras intenciones expansionistas hacia el sur del continente—, era “el peligro mayor de nuestra América”, Martí indique además las razones que impulsaban tal peligro en aquel momento finisecular: se vivía en Estados Unidos —nos dice el Maestro— la “hora del desenfreno y la ambición”, a que pudiera ser lanzado ese vecino “por sus masas vengativas y sórdidas”, por “la tradición de conquista” y por “el interés de un caudillo hábil”. Y aunque no deja de notar cierta esperanza de que a tal hora no se llegue “por el predominio de lo más puro de su sangre”, es más que evidente su extrema preocupación porque, como dice líneas más adelante en ese mismo escrito, “el día de la visita está próximo”.

Sin dudas que en estos juicios son inseparables las perspectivas del político —ya decidido a cortar, mediante la independencia de Cuba y de Puerto Rico, ese camino dominador de Estados Unidos hacia el sur— de las miradas del polifacético analista que se había dedicado desde 1880 a escudriñar cuidadosa y metódicamente la realidad del vecino norteamericano.

Sabemos que desde sus años juveniles en España, Martí rechazó a la sociedad estadounidense como modelo de la cubana —y de hecho de la latinoamericana toda— dada su naturaleza histórico-social diferente y sus

marcadas corrupción y metalificación.¹ Su primer acercamiento público a Estados Unidos ajustó un leal reconocimiento al mayor ejercicio allí de las libertades —algo infrecuente por esa época en el mundo moderno—, al señalamiento al mismo tiempo de la mercantilización que se imponía como un modo de vida, como una cultura, lo cual hacía dudosas esas libertades.

“Medida y número; estos son aquí los elementos de la grandeza”.² Así escribía en 1880 para los lectores del semanario neoyorquino *The Hour*, a quienes advertía en el mismo texto que “El poder material, como el de Cartago, si crece rápidamente, rápidamente declina”, a la vez que les llamaba a moderar y dignificar “el amor a la riqueza” con la benevolencia hacia los hombres, la pasión por cuanto es grande, y la devoción por todo lo que signifique sacrificio y gloria”.³

El joven revolucionario cubano sigue entonces, con el debido tacto hacia su público estadounidense, los puntos de partida de la fuerte crítica en su cuaderno de apuntes de sus años estudiantiles en Madrid: el rechazo al mercantilismo desenfrenado desde una postura marcadamente ética.

Las “Escenas norteamericanas”, ese gran periodismo entre 1882 y 1892, muestran el arduo proceso cognoscitivo martiano acerca de Estados Unidos, y en ellas podemos apreciar cómo su apresamiento de aquella sociedad fue conformando un sólido análisis que sostendría sus opiniones en un hondo contenido sociológico e histórico. Tal proceso se expresó también en la propia maduración de su idea de la unidad de nuestra América para afrontar el peligro de la dominación estadounidense, como reitera, sobre todo, en más de uno de sus textos para el mensuario *La América* entre 1883 y 1884.

Momento especial en ese camino iría ocurriendo a partir de 1884, destacadamente desde 1886, con motivo del auge por esos años de las luchas sociales en Estados Unidos. Esa fue una etapa especialmente candente de la vida del país, y varios aspectos de esos choques entre clases y diversos sectores de la sociedad atraerían su atención y darían pie a algunas precisiones y rectificaciones de sus juicios sobre aquel país.

Los más llamativos resultan las luchas obreras por mejoras salariales, la disminución de las jornadas de trabajo que solían sobrepasar las doce horas diarias, y contra la violenta represión que sufrían sus protestas; las demandas de las mujeres por la ampliación de sus posibilidades de empleo y el derecho a ejercer el voto y a ser electas para cargos públicos; la violencia y la discriminación racial contra los negros; la discriminación y la deportación de inmigrantes de varias nacionalidades; y la política genocida contra los pueblos originarios.

La revisión detallada de las crónicas martianas evidencia que cada uno de estos asuntos se convierte por esos años en todo un tema de nuestro autor, quien no deja a veces de ofrecer las conexiones entre ellos. Así, por ejemplo, cuando nos habla de Lucy Parsons, la viuda de uno de los anarquistas ejecutados por los sucesos de Chicago, nos entrega a una mujer que no se limita a su condición femenina y que es una luchadora contra el capitalismo, además de una mestiza seguramente a menudo discriminada por ello, como Martí nos deja entrever. O nos entrega un discurso acerca de la mujer obrera, inmigrante en muchos casos, sometida a la triple marginación por mujer, por asalariada y por inmigrante. O condena el empleo de la despiadada violencia que conduce a numerosas muertes contra obreros, negros, indígenas e inmigrantes chinos.

Todos estos casos, y muchos más, ensombrecieron el feliz panorama de rápido crecimiento poblacional, de veloz empuje de la industria, de enriquecimiento acelerado de la burguesía y de aparición de los primeros monopolios productivos asociados al capital bancario. Fue esa época finisecular un momento feliz para ese naciente sector monopólico, que entonces aprendía, además, a valerse de la ideología del “destino manifiesto” la que desde mucho antes buscó justificaciones bíblicas para proclamar la superioridad del pueblo del Norte, destinado por la Divina Providencia a extender su civilización por los del continente y hasta por el resto del mundo.

La lucha contra la voluntad hegemónica de ese sector que surgía apresuradamente fue larga, tenaz y encarnizada, y en ella se enrolaron los granjeros y hasta sectores del capital de libre competencia, y se prolongó hasta entrado el siglo XX, cuando aún se aprobaron leyes antitrusts. En los

tiempos de Martí, tal enfrentamiento incluyó a nuevas agrupaciones políticas que desafiaron a las camarillas de los dos partidos tradicionales y que parecían poner en peligro el bipartidismo.

La previsión martiana intentó fundar alianzas con aquellos opuestos a los monopolios y a la expansión territorial para así favorecer la independencia antillana, como le confesó a Gonzalo de Quesada,⁴ y llegó hasta el deseo fracasado de publicar un periódico en inglés a esos efectos. Rodolfo Sarracino nos ha enseñado el alcance, dentro de esa estrategia, de su acercamiento al club Crepúsculo, donde se reunía una élite intelectual, de la política y de los negocios.⁵

Mas la toma de partido martiana con “los pobres de la tierra” allá en el Norte fue pública, abierta y sistemática desde su periodismo. Ello era expresión de su sagaz objetivo de hacer comprender a sus lectores hispanoamericanos que Estados Unidos no era una sociedad monolítica, que crecientemente se apartaba de sus fundamentes democráticos y anchaba el espacio para antiguas ansias expansionistas hacia nuestra tierras, y que por todo ello no podía ser asumida como el modelo a seguir por nuestra América.

Su voluntad de acercarse e interpretar las necesidades de los sectores más reprimidos le llevó quizás a concederle mayor espacio al tema posiblemente más abarcador y de similar presencia significativa en las otras sociedades industriales europeas: las luchas obreras, el enfrentamiento entre el capital y el trabajo, el conflicto de clases que por entonces era llamado el problema social.

La huelgas de los trabajadores mineros, ferrocarrileros y de la industria alimentaria caracterizaron esa polarización social en Estados Unidos durante los años 80, zonas todas de avanzada en la embestida formadora del capital monopolístico. No es casual la repetida atención que Martí brindó a las andanzas de Jay Gould, caracterizado por sus contemporáneos como un mago de las finanzas y de la concentración del capital.

Es claro que la sensibilidad martiana no podía quedar impávida ante las balaceras, golpizas y prisiones a los huelguistas, aunque más de una vez

objetase el uso de la violencia por parte de los obreros e insistiese en su abierta simpatía por los Caballeros del Trabajo, la organización más fuerte del movimiento obrero estadounidense por esos años, que condujo buena parte de esos reclamos bajo el expreso rechazo del empleo de métodos violentos.

Era frecuente, desde sus primeras “Escenas norteamericanas”, que Martí atribuyese a los obreros venidos de Europa la responsabilidad por los actos violentos cometidos durante esa pelea social, y que su juicio negativo se dirigiera particularmente contra los anarquistas, presentados habitualmente como los protagonistas de acciones terroristas y de atentados contra las autoridades de los estados.

El largo proceso contra los llamados anarquistas de Chicago fue tema de cerca de una veintena de sus crónicas entre 1884 y 1886, y a través de ellas se puede apreciar el cambio de perspectiva en Martí, no solo respecto a los hechos de la Plaza Haymarket de Chicago, sino también en lo referido a su propia postura sobre el anarquismo como ideología.

No hay tiempo ahora para seguir todos los vericuetos del tema ni todos los escritos martianos. Baste decir que sus planteos iniciales partieron de lo comúnmente dicho por la prensa mayoritaria de entonces, que señaló a los líderes anarquistas de aquella ciudad industrial, obrera y de inmigrantes europeos —con amplia experiencia práctica en las luchas sociales— como los autores de la colocación de una bomba en aquella Plaza, cuya explosión causó la muerte a varios policías.

Para el cubano no cupo duda alguna de la culpabilidad de los detenidos, su palabra condenatoria fue fuerte y reiterada, y presentó a los agentes del orden fallecidos como mártires de una democracia que permitía afrontar y solucionar los problemas sociales sin acudir a tan crueles procedimientos.

Es apasionante seguir el progresivo cambio de perspectiva del periodista según fue saliendo a la luz que los acusados no pusieron la bomba y se mostraron elementos indicadores de que el artefacto explosivo fue colocado a instancias de las autoridades de Chicago para propinarle un golpe demoledor a las combativas organizaciones obreras y a sus dirigentes.

Aquella fue una provocación bien planeada y ejecutada para mover la ira popular contra aquellos, justificar la vasta represión que le siguió y demostrar que eran los extranjeros —los seguidores de ideologías peligrosas por su condena al capitalismo como la anarquía y el socialismo —, los enemigos de la inclusiva democracia estadounidense.

“Un drama terrible” tituló Martí su crónica sobre la ejecución de los anarquistas condenados, escrita para el diario *La Nación* de Buenos Aires, publicada el primero de enero de 1888. La versión para *El Partido Liberal*, de México, “La muerte de los anarquistas”, apareció antes, los días 27, 29 y 30 de diciembre de 1887. Ambas son similares en su perspectiva, ideas y argumentación. Tomaré algunas citas de *La Nación*, por ser esta la incluida en sus *Obras completas* en 27 tomos, al alcance de todos los oyentes.

En el primer párrafo Martí sitúa claramente su perspectiva: “Ni el miedo a las justicias sociales, ni la simpatía ciega por los que las intentan, debe guiar a los pueblos en sus crisis, ni al que las narra”. Y continúa llamando a no excusar “los vicios y crímenes de la libertad”. Y añade luego: “Ni merecen perdón los que, incapaces de domar el odio y la antipatía que el crimen inspira, juzgan los delitos sociales sin conocer y pesar las causas históricas de que nacieron, ni los impulsos de generosidad que los producen”.⁶ El equilibrio de la frase inicial se completa con las dos ideas: hay que enjuiciar el ejercicio de la libertad, y hay que examinar las causas de los delitos sociales y la generosidad que les compele. Sin dudas, pues, con gran finura expresiva, Martí se sitúa claramente del lado de los luchadores sociales.

Más adelante explica cómo en el proceso contra los anarquistas las simpatías pusieron del lado de los privilegios a los que “padecen de los mismos males, el mismo desamparo, el mismo bestial trabajo, la misma desgarradora miseria cuyo espectáculo constante encendió en los anarquistas de Chicago tal ansia de remediarlos que les embotó el juicio”.⁷ Las condiciones de los trabajadores las presenta, pues, en términos bien duros, lo cual pudiera justificar la prédica anarquista, aunque cierra con esa idea de que todo ello les embotó el juicio, lo cual nos hace pensar que no compartía del todo sus procedimientos.

Al analizar el problema social recuerda cómo mientras el inmigrante hallaba tierra ancha y vida republicana, se podía ganar el pan y se preparaba para la vejez, las teorías revolucionarias del obrero europeo no hallaban espacio en Estados Unidos. Pero, añade, “de una apacible aldea pasmosa se convirtió la república en una monarquía disimulada”.⁸ Y eso condujo a que los inmigrantes europeos encontraran en Estados Unidos los males que creían haber dejado atrás y a que los trabajadores quisieran ver la libertad en lo social tanto como en lo político. Y entonces sufren la represión del dueño, del juez, del policía. Y es ese ataque a los trabajadores, lo que provoca que estos, desesperados, pongan esperanzas en el anarquismo, a pesar de que este era tradicionalmente débil en número e influencia en Chicago.

Pero, continúa Martí, “No comprenden [los obreros] que ellos (dueño, juez y policía) son mera rueda del engranaje social, y hay que cambiar, para que ellas cambien, todo el engranaje”. Luego, para Martí, el asunto es más complejo que atacar a una mera rueda. Así, su crítica va más a fondo para plantearse, nada más y nada menos, que la necesidad de un cambio social.

Finalmente, el tono dramático y la crudeza de la descripción de la muerte de los anarquistas ahorcados contribuyen decisivamente a que esta extensa crónica deje una impresión favorable hacia aquellos y evidencie la injusticia cometida con ellos. En dos palabras: “Un drama terrible” es un texto que pone de manifiesto cómo la lucha de clases al interior de la sociedad estadounidense contribuyó decisivamente a radicalizar la crítica martiana para situarla en un franco rechazo a su polarización social, como parte esencial de los cambios hacia una república imperial, cada vez menos democrática y francamente expansionista en el plano territorial y hegemónico sobre nuestra América.

Muchas gracias.

(Aplausos)

¹ José Martí. Obras completas, 27 tomos, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973. Cuaderno de apuntes 1, tomo 21, pp. 15-16. En lo

adelante OC, el primer número corresponde al tomo y los siguientes a las páginas.

[2](#) OC, 7, 136.

[3](#) OC, 7, 136.

[4](#) Carta desde Nueva York del 16 de noviembre de 1889. José Martí. Epistolario, Editorial de Ciencias Sociales, tomo II, 1888-1891, La Habana, 1993, p. 156.

[5](#) Rodolfo Sarracino. José Martí en el club Crepúsculo de Nueva York. En busca de nuevos equilibrios. Centro de Estudios Martianos y Universidad de Guadalajara, Guadalajara, México, 2010.

[6](#) OC, 11, 333.

[7](#) OC, 11, 334.

[8](#) OC, 11, 334.

El sistema político de Estados Unidos en la visión martiana

Dra. Francisca López Civeira

José Martí llegó a Estados Unidos en 1880 donde hizo corta estancia hasta 1881. Viajó a Venezuela y allí estuvo un semestre, al cabo del cual regresó al país del Norte. A partir de entonces, su análisis sobre la sociedad estadounidense fue ahondando en los múltiples aspectos que esta comprendía, lo que le permitió conocer con profundidad sus características y proyecciones futuras.

Las experiencias previas del cubano incluían la Cuba colonial y esclavista, la metrópoli española con la sacudida de la primera república y su caída, y los procesos de reformas liberales en México, Guatemala y, por último, Venezuela. Su permanencia en ellos lo habían puesto en contacto con diversas realidades y con los intentos de incorporar a la modernidad a un grupo de países —antiguas colonias españolas devenidas repúblicas independientes— donde, como diría más tarde, “la colonia siguió viviendo en la república”, es decir, donde no se había operado la transformación revolucionaria pos independencia. Por otra parte, Estados Unidos en aquella época era visto por muchos como un paradigma, modelo de república exitosa, moderna, donde, para mayor fama, se había abolido la esclavitud luego de una cruenta guerra civil. Era una nueva experiencia que habría de enriquecer al Martí que pronto iba a construir su proyecto de revolución.

La llegada al vecino país en 1881, donde se asentó hasta culminar los preparativos para la revolución en Cuba, coincidió con el atentado al presidente republicano James A. Garfield y la agonía hasta su muerte, suceso que impresionó al joven cubano. Después vivió el período presidencial del sustituto de Garfield, Arthur, el período del demócrata Grover Cleveland, el gobierno nuevamente republicano de Harrison y, por último, el segundo ascenso presidencial de Cleveland. Todo ello indica que Martí asistió en aquel país a varias elecciones generales y parciales, las que

pudo seguir de cerca y enjuiciar en su preparación, celebración y resultados. A esto se suma su observación de conflictos sociales, especialmente el proceso seguido contra los conocidos como “mártires de Chicago”, entre 1886 y 1888, que tuvo una especial significación para entender resortes importantes del sistema. También su observación de las posiciones de política exterior que siguieron las diferentes administraciones le ayudó a comprender el sistema político norteamericano. En general, Martí observó y analizó a profundidad la sociedad estadounidense en su conjunto, y en sus escritos podemos encontrar reflexiones acerca de la vida cotidiana, costumbres, grandes y pequeños acontecimientos, literatura, arte, en fin, que todo el acontecer fue atendido; pero hubo aspectos en los cuales se detuvo con mayor intensidad, entre los cuales se cuenta el sistema político.

En una crónica temprana, de 1881, ya se puede apreciar una observación importante cuando dice que en los dos partidos que dominaban el escenario político “se habían creado corporaciones tenaces y absorbentes, encaminadas antes que al triunfo de los ideales políticos, al logro y goce de los empleos públicos”. A continuación, hace énfasis en una figura que detecta con rapidez: el *boss*. Martí percibe que esas corporaciones obedecen al *boss*, al jefe, que “no consulta, ordena”, pues “ofrece empleos, adquiere concesiones a cambio de ellos, dispone de los votos y los dirige”, por lo que en manos de ese jefe radicaba el éxito de la campaña electoral; pero con la característica de que su mayor cuidado estaba en preservar su “preponderancia en el estado” por lo que el candidato debía adecuarse a sus intereses y simpatías.⁹

El *boss* fue figura presente en las crónicas martianas de esos primeros momentos de estancia en Estados Unidos, a quien llamó “*boss* odioso; el cabecilla de partido” y lo describió como “el que prepara las elecciones, las tuerce, las aprovecha, las da a sus amigos, las niega a sus enemigos, las vende a sus adversarios”; era quien dominaba los cuerpos electorales e imponía candidatos “que son siempre tenaces tenedores de ricos oficios”, ante lo cual Martí describía la apatía de quienes “desertaban [de] las urnas”.¹⁰ Según sus observaciones, todo era “que se compraban y se vendían los votos”, y eso era la cuna del poder, de ahí que “elegantes caballeros y altos potentados” se coaligaban para la compra-venta, por lo

que “una aristocracia política ha nacido de esta aristocracia pecuniaria, y domina periódicos, vence en elecciones y suele imperar en asambleas”.¹¹

A su juicio, había soluciones a los problemas que observaba, pues veía en la defensa del sufragio una posibilidad de contrarrestar los vicios que observaba, decía que “al pie de cada llaga, se ve erguido un sacerdote”, que en los ciudadanos cultos que ejercieran el deber del voto había una solución.¹² Lo que llamaba “esta majestad del voto” y también el “acto unánime de voluntad” de los millones que podían votar,¹³ constituía un factor alentador dentro de los vicios que describía.

En esas percepciones de los primeros años, Martí advertía posiciones diferentes, a veces contradictorias, entre los dos partidos dominantes; no obstante, en 1885 escribió una valoración de las campañas electorales que muestra su acercamiento a ese fenómeno desde mayor profundidad:

Es recia y nauseabunda, una campaña presidencial en los Estados Unidos. Desde Mayo, antes de que cada partido elija sus candidatos, la contienda empieza. Los políticos de oficio, puestos a echar los sucesos por donde más les aprovechen, no buscan para candidatos a la presidencia aquel hombre ilustre cuya virtud sea de premiar, o de cuyos talentos pueda haber bien el país, sino el que por su maña o fortuna o condiciones especiales pueda, aunque esté maculado, asegurar más votos al partido, y más influjo en la administración a los que contribuyan a nombrarlo y sacarle victorioso.¹⁴

En 1886 iría más lejos cuando comentó que las elecciones costaban mucho y hacía una asociación importante, pues decía que “los capitalistas y empresas ayudan en los gastos de ellas a los candidatos necesitados; y estos, una vez vencedores, pagan con su voto servil el anticipo de los capitalistas”.¹⁵ Con esta percepción, el cubano comenzaba a ver la relación del capital con la política, cuestión sobre la que seguiría profundizando en los años siguientes.

Precisamente, su atención al proceso judicial seguido a los obreros de Chicago le permitió ahondar más en el estudio de la sociedad estadounidense y empezar a ver su andamiaje político dentro del sistema y

no como cuestión aislada. No hablaba ahora del *boss*, sino de cuestiones de mayor envergadura relacionadas con el funcionamiento del sistema político y de quiénes realmente estaban detrás de todo el entramado. El “jefe” deja de ser el centro de atención pues había descubierto factores de mayor esencia en el fenómeno.

El año 1887, que fue tan importante en el análisis del conflicto social y, con ello, de todo el sistema, dio lugar a nuevas crónicas en las que Martí abordaba aspectos medulares. Si en noviembre llegó a escribir acerca de los obreros y sus luchas que “no comprenden que ellos son mera rueda del engranaje social, y hay que cambiar, para que ellas cambien, todo el engranaje”,¹⁶ con lo cual estaba apuntando al sistema en su conjunto y la necesidad del cambio dentro del mismo; en mayo había advertido que los partidos políticos atendían más a sus apetitos y rencores que al ascenso de la lucha de los trabajadores, calificados como “elemento nuevo que amenaza” la existencia de esos propios partidos; no obstante, observa cómo se compone ese poder y su proyección en aquellas circunstancias: “La prensa, que vive de las castas creadas, teme perder su clientela, si les denuncia la verdad del riesgo; y el Congreso, compuesto en su mayoría de hombres criados al favor de ellas, tiende a captarse con leyes indirectas y menores la voluntad de esa masa nacional que crece, pero sirve en las leyes reales e inmediatas a las empresas, a los bancos, a las corporaciones, a los poderes de quienes dependen su elección y fortuna”.¹⁷ Es evidente que para Martí se ha esclarecido, en sentido general, la esencia del sistema político estadounidense en los intereses que lo mueven, en su composición y en la manera de actuar para preservar el dominio del gran capital.

Una de sus crónicas más significativas de ese momento fue “Un drama terrible”, escrita en noviembre de 1887, donde hizo el recuento de todo el proceso de los obreros de Chicago hasta su ejecución. El análisis que presenta el cubano muestra elementos fundamentales de la sociedad estadounidense, incluido el sistema político. A su juicio, “la república entera ha peleado” para asegurar el castigo y su ejecución pues se trataba de “aterrar con el ejemplo de ellos [...] a las tremendas capas nacientes”. Y extraía de todo aquel drama una conclusión extraordinaria: “Esta república, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monár-

quicos”.¹⁸ Desde esa mirada abarcadora podía apreciar con mayor certeza el mundo político de ese país.

Las formas en que los partidos estructuraban la campaña para la obtención de los votos concitó el interés de Martí. En una crónica de octubre de 1887, describía el ambiente de lo que llamó “cuartel general” de cada partido, en cuyos salones se dirigían las operaciones y estaban llenas de “pedigüños” que iban a vender algo que podía ser su influjo en un lugar, una canción “que denigra a los candidatos rivales”, un secreto “que deshonra al candidato enemigo”, su condición de orador, en fin, un mercado donde cualquier acto para lograr votos era válido, lo que incluía la subvención a los periódicos.¹⁹

Un aspecto importante dentro del fenómeno que Martí somete a disección es el Poder Legislativo. Las dos instancias, Senado y Cámara de Representantes, constituían elementos muy potenciados en la imagen de la democracia nortea a partir de los procesos para su elección. No obstante, ante la conflictiva situación social que se vivía, Martí preguntaba qué había hecho el Senado “para atajar esos males” y entonces pasaba a describir que en este “los millonarios, los grandes terratenientes, los grandes ferrocarrileros, los grandes mineros componen la mayoría”, independientemente de que ese cuerpo fuera electo por las legislaturas cuyos componentes eran elegidos “directamente por el pueblo, que no tiene las minas, ni las tierras, ni los ferrocarriles”; por tanto preguntaba: “¿Por qué mágico tamiz sale filtrada la representación popular, de modo que al perfeccionarse en el senador, que es su entidad más alta fuera de la presidencia, resulta ser el Senado la contradicción viva de las opiniones e intereses de los que, por medio de la legislatura, los elige?” La respuesta del analista en ese momento es: “¡Los senadores compran las legislaturas!”²⁰

El otro cuerpo colegislador también era visto desde esas interrogantes, pues Martí preguntaba qué había hecho la Casa de los Representantes, “electos ya por tan viciados métodos que, aunque el país vota por ellos directamente, no hay elección que no resulte forzada por el uso de recias sumas de dinero, ni se ha alzado en la Casa una voz sola que denuncie el peligro y clame por los necesitados”.²¹ Se hacía evidente que, independientemente de la forma de elección, por voto directo o de segundo

grado para esos cuerpos que integraban el Poder Legislativo, el problema de representación se comportaba de igual manera.

Las observaciones expuestas, necesariamente, conducían a conclusiones acerca de los verdaderos intereses que se movían en las instancias donde se presentaban, se discutían y se aprobaban las leyes, lo cual se constata cuando Martí afirma que “más que entre republicanos y demócratas, el Congreso estaba dividido entre proteccionistas y libremercantistas”.²² Sin duda había aquí una aguda penetración al observar que, más allá del bipartidismo que se proyectaba como modelo para otros en el mundo, las verdaderas representaciones se movían en torno a las posiciones de los grandes grupos de poder y sus contradicciones internas en cuestiones de fondo del capital. Ante esto las fronteras entre partidos desaparecían.

La similitud entre los dos partidos dominantes en la escena política estadounidense se ponía también en evidencia en cuanto a métodos electorales. Para Martí, las candidaturas “no son más que laborioso ajuste de ambiciones rivales, animadas por el lucro del puesto más que por el noble deseo de adelanto político”; en correspondencia con esta apreciación, afirmaba que el vencedor en ello era “aquel que ofrece al partido, tanto republicano como demócrata, más seguridad de pagarle el empleo con favores, con parte de sus ganancias, o con su honor a veces”. De ahí que apuntara los vínculos internos que se establecían, pues el voto de un delincuente que podía ayudar a la fuerza electoral del “cervecero de un barrio tenebroso”, estaba unido “al mismo gobernador del estado, a los jueces que son electos por el voto público, al fiscal que ha de acusarlos”.²³ De manera que se trataba del engranaje de toda una red que se exponía con tales observaciones.

En 1888, al hacer la crónica sobre conflictos diversos que envolvían a obreros, a *trusts*, a un millonario que malversó fondos en el manejo de un ferrocarril que, según Martí, era algo frecuente, la parcialidad de la ley a favor de las ligas de industriales agresivos y la prisa de los legisladores por buscar un avenimiento, Martí evaluaba que “todo un sistema está sentado en el banquillo, el sistema de los bolsistas que estafan, de los empresarios que compran la legislación que les conviene, de los representantes que se

alquilan, de los capataces de electores, que sobornan a estos, o los defienden contra la ley, o los engañan; el sistema en que la magistratura, la representación nacional, la Iglesia, la prensa misma, corrompidas por la codicia, habían llegado, en veinticinco años de consorcio, a crear en la democracia más libre del mundo la más injusta y desvergonzada de las oligarquías”.²⁴

Sin dudas, más allá de la precisión inicial de aquel fenómeno, del proceso histórico por el cual transitó todo el aparato político norteno y sus estructuras, Martí había llegado a entender su funcionamiento en tanto sistema, con lo cual superaba sus propias apreciaciones primeras, cuando veía por separado aspectos de corrupción en los procesos electorales. Ahora presentaba el funcionamiento en su imbricación con el poder en sus diferentes representaciones y eslabones.

Otro aspecto al que también dedicó el cubano espacios analíticos fue el de los programas que presentaban los partidos para las contiendas electorales. A la altura de 1888, ya con la madurez alcanzada en la comprensión de aquella sociedad, señaló el papel de tales programas: “Los partidos contendientes inscriben en sus banderas, aunque no sea con ánimo de servirlos, aquellos principios que parecen ser de más justicia y popularidad en la hora de la lucha, cuidando de ajustarlos como el pabellón al asta, al cuerpo de doctrina que a cada uno sirve de sostén”. Entendía que, aunque la corrupción de la maquinaria política fuera mucha, no se podía prescindir por completo de la opinión, por lo que se reunían para “dar al partido bandera de combate”, entonces “de la suma de intereses dominante, conciliados en cuanto es posible con las opiniones que parecen llevar mejor al triunfo, se elaboran las declaraciones sucesivas”; de manera que, las convenciones preparatorias se convertían en “una constante transacción entre los intereses públicos, que ejercen de afuera del partido su influjo inevitable, y los intereses particulares de la organización”. A partir de tales circunstancias, podía afirmar que el político “necesita hacer como que acata la voluntad de la nación”.²⁵ Esta observación resulta muy importante: se hacer ver que se acata la voluntad de la nación, por tanto se asume una falsa actitud en aras de la batalla electoral; de manera que los programas que se elaboran para ello, las declaraciones que se construyen, no tienen como fin

su cumplimiento al llegar al poder, sino captar la opinión para garantizar los votos, independientemente de los mecanismos.

La campaña electoral de 1888 fue muy seguida por Martí en sus crónicas, en ellas describió el ambiente electoral de republicanos y demócratas, caracterizó al candidato republicano, James Blaine, como “tan visiblemente ligado con las empresas y monopolios”, y planteó que sería de desear que el favor fuera para la mayoría de la nación “y no para los capitalistas privilegiados, que hallan siempre representantes que aboguen por su interés en el Congreso, y candidatos a la presidencia como Blaine, que va con el viento de su fortuna, y [...] no pone su genio político del lado de los pobres, que no pagan bien, ni se combinan, ni tienen qué defender más que esperanzas vagas, [...]”. Martí dice que la campaña marcha con la designación de los oradores por cada partido, en los que gastan hasta noviembre como medio millón de pesos, y pregunta qué libertad puede tener un orador pagado.^{[26](#)}

En octubre, Martí decía que era el mes decisivo, cuando se hacían “los esfuerzos para allegar grandes sumas y gastarlas en pompa y ceremonias, en idas y venidas de oradores famosos, en juntas colosales” para mostrar al público mayor posibilidad de triunfo, cuando ya los candidatos estaban definidos con Harrison y Morton por los republicanos y Cleveland y Thurman por los demócratas, quienes fueron finalmente derrotados.^{[27](#)} En la reseña del resultado favorable a Harrison, denunció la venta de votos, “por cinco pesos, y por dos, y por un vaso de whisky”, el tráfico de boletas y el soborno.^{[28](#)}

El año 1889 sería de gran alarma para Martí, pues se convocó a una conferencia internacional en Washington a los gobiernos de América Latina. Alertó mucho sobre esta primera Conferencia Panamericana y sus intenciones con respecto a nuestra América, pero también estaba el conflicto alrededor de Samoa ante el cual, afirmó: “Por la supremacía de Samoa contenderían los Estados Unidos, que en esto no son demócratas ni republicanos”, pues todos apetecían de igual manera “privilegios internacionales”.^{[29](#)} Resultaba claro que había intereses expansionistas en ambos partidos.

Como puede apreciarse, José Martí analizó el sistema político estadounidense con mucha atención y detalle y, en un rápido proceso de maduración de información, capacidad de análisis y profundización, logró desentrañar los engranajes de la política en ese país, pero logró algo más trascendente: entender y mostrar el sistema con sus resortes internos, en lo cual el gran capital tenía un papel decisivo.

Muchas gracias.

(Aplausos)

[9](#) José Martí. Obras completas. Edición crítica. Centro de Estudios Martianos, 2004, tomo 9, p. 79. En lo adelante OCEC.

[10](#) OCEC, tomo 9, p. 110.

[11](#) OCEC, tomo 9, pp. 117-119.

[12](#) OCEC, tomo 17, p. 207.

[13](#) OCEC, tomo 22, p. 54.

[14](#) OCEC, tomo 22, p. 55.

[15](#) OCEC, tomo 24, p. 85.

[16](#) José Martí. Obras completas, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1973, 28 tomos, t. 11, p. 338. En lo adelante, OC.

[17](#) OCEC, tomo 25, pp. 221-222.

[18](#) OC, t. 11, pp. 334-335.

[19](#) OC, t. 11, p. 316.

[20](#) OCEC, tomo 25, pp. 223-224.

[21](#) OCEC, tomo 25, p. 224.

[22](#) OCEC, tomo 25, p. 225.

[23](#) OC, t. 11, p. 325.

[24](#) OC, t. 11, p. 437.

[25](#) OC, t. 11, p. 468.

[26](#) OC, t. 12, pp. 42-43.

[27](#) OC, t. 12, p. 61.

[28](#) OC, t. 12, p. 88.

[29](#) OC, t. 12, p. 239.

Estados Unidos en la política internacional concebida por José Martí

Dr. Ibrahim Hidalgo

El tema a tratar se enmarca en la política internacional concebida por José Martí. Este es un asunto sobre el que hay valiosos libros publicados, entre ellos los de Rodolfo Sarracino³⁰ y Rolando González Patricio,³¹ que les recomiendo a quienes deseen ampliar sus conocimientos al respecto.

Haré una pequeña introducción, porque si este panel se titula “La verdad sobre los Estados Unidos”, debemos recordar brevemente el artículo homónimo de Martí, publicado en *Patria* en marzo de 1894, y el cual se encuentra en el tomo 28 de las *Obras completas*, que no se ha vuelto a imprimir. El volumen se debe a la labor de Luis García Pascual, un obrero industrial dedicado a la investigación, quien ha encontrado y compilado textos inéditos o escasamente divulgados del Maestro.

La ocasión es oportuna para insistir en que dicho artículo se reproduzca en los medios de difusión, en el Portal *José Martí*, en la prensa de nuestro país, pues el Delegado del Partido Revolucionario Cubano demostró la existencia en Estados Unidos de todos los defectos que allí se atribuían a nuestra América. Para hacerlo, se propuso publicar fragmentos de los periódicos oriundos de dicho país, y advirtió la necesidad de que nuestros pueblos no caigan “en la servidumbre inmoral y enervante de una civilización dañada y ajena”. Se enfrentaba al excesivo amor al poderoso vecino del norte de quienes se deslumbran por el progreso económico y los adelantos técnicos estadounidenses. Expuso que en otros la yanquimanía — término utilizado por Martí— “es inocente fruto de uno u otro saltito de placer” al recibir ciertos beneficios del imperio. En algunos, decía, “la moda es el desdén, y más, de lo nativo”, y consideran muy elegante “beberle al extranjero los pantalones y las ideas”. Sea por una razón u otra, es necesario decir la verdad, no solo sobre Estados Unidos, sino “de lo sajón como de lo latino, a fin de que la fe excesiva en la virtud ajena no nos

debilite, en nuestra época de fundación, con la desconfianza inmotivada y funesta de lo propio”. Estas ideas tienen una gran actualidad, y cito algunos fragmentos a modo de introducción porque están presentes en sus consideraciones sobre la política internacional; como lo están, con vigencia innegable, en sus advertencias sobre el peligro del expansionismo estadounidense sobre Nuestra América, y particularmente en el área de Centroamérica y las Antillas, donde se encuentra enclavada Cuba.

Martí había comparado a Estados Unidos con la Roma imperial cuando, muy joven, se encontraba en España por primera vez; y, posteriormente, en México, reveló las verdaderas causas del conflicto que en 1876 tenía lugar en la frontera norte, promovido por intereses económicos cuyo objetivo era “ampliar sus plazas mercantiles” a costa de la nación azteca. Al retirarse del país hermano, exclamó: “¡Abajo el cesarismo americano!” Desde entonces no cesaron sus estudios y sus advertencias.

Las clases dominantes transformaban aquel país en una *república invasora*. En 1885, Estados Unidos tenía la mirada puesta en Nicaragua, y su jerarquía dominante espiraba a la cesión de una franja de territorio que cruzara de un lado a otro el país, para la posible construcción de un canal que sería estadounidense, sin más compromiso que el pago de una porción del producto líquido de las operaciones y de las propiedades establecidas en la zona cedida. El hecho formaba parte de las tensiones con Inglaterra en torno a la apertura de una vía interoceánica en el istmo; trabajos que en Panamá llevaba a cabo, con poco éxito técnico y económico, la compañía organizada por el francés conde de Lesseps, quien había construido el canal de Suez.

No era casual que Martí se refiriera a la vez al proyectado canal y a las islas cercanas a este, pues Washington había firmado tratados con Santo Domingo y con España, mediante los cuales aseguraba los mercados de Cuba y Puerto Rico; en términos tales que “cuanto acá sobra, y no tiene por lo caro donde venderse, allá entrará sin derechos, como acá los azúcares. Y vendrán los Estados Unidos a ser, como que les tendrán toda su hacienda, los señores pacíficos y proveedores forzosos de todas las Antillas”. Ese era el objetivo, dominar Centroamérica y las islas del Caribe para asegurar mercados a sus productos invendibles, así como garantizar el dominio de la

comunicación futura entre los dos océanos, que posibilitaría el contacto entre ambas costas de la potencia naciente. Cuatro años antes, en 1881, cuando el Secretario de Estado, James G. Blaine, consideró posible la revisión del tratado Clayton-Bulwer, firmado con Inglaterra en 1850, la nación europea había advertido que debía garantizar la neutralidad de la vía junto con Estados Unidos, pues si bien era cierto que la misma abría el acceso a la costa oeste de la Unión, también lo hacía con respecto a la India. Ambas potencias se miraban con recelo, pues los planes expansionistas del Norte apuntaban al continente asiático, donde ya se repartían los mercados las viejas naciones coloniales.

En la Conferencia Internacional Americana, realizada en Washington entre 1889 y 1890, se pondría de manifiesto “la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no las ha querido fomentar jamás”. No se trataba de un fenómeno coyuntural, sino de una tendencia determinada por el propio desarrollo inarmónico del país. “Desde la cuna soñó en estos dominios el pueblo del Norte”. Era una idea estratégica que se plasmaba en acciones concretas. Washington intentaba posesionarse de la península de San Nicolás, en Haití, o de establecer el protectorado sobre este país, al igual que sobre Santo Domingo; y, de modo callado, negociaba con Madrid la adquisición de Cuba. Para Martí, que venía describiendo y denunciando desde tiempo atrás aquel fenómeno para otros oculto, la conclusión era obvia: “Llegó para este país, apurado por el proteccionismo, la hora de sacar a plaza su agresión latente, y como ni sobre México ni sobre el Canadá se atreve a poner los ojos, los pone sobre las islas del Pacífico y sobre las Antillas, sobre nosotros”.

No debe pasar inadvertida la referencia al Pacífico, pues uno de los objetivos del control sobre el canal que se abriría en el istmo era el acceso al continente asiático, como apuntamos antes. El interés al respecto tuvo una de sus expresiones a fines de la década de los setenta. Desde 1878 se enfrentaban Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos por el dominio de las islas Samoa. La puja diplomática y los alardes guerreros culminaron en 1889. En junio se firmó el Acta de Berlín, mediante la cual se establecía un protectorado compartido entre las dos últimas naciones mencionadas, con la supervisión de Inglaterra. Estaba en disputa el supuesto derecho de la joven potencia a extender sus dominios, para lo cual preparaba una gran marina

de guerra que se haría sentir, en 1898, tanto en las Antillas como en territorio asiático.

Para establecer el dominio del futuro cruce transoceánico, constituía una necesidad establecer la hegemonía sobre las islas del Caribe. Sobre Cuba, en particular, porque a su posición estratégica se unía el potencial productivo de sus tierras, minas e industrias del tabaco y el azúcar, áreas económicas en las que el Norte tenía invertidos unos cincuenta millones de dólares, cifra considerable para la época. El intercambio comercial con la Isla era tan activo que Estados Unidos se convirtió en su metrópoli económica, pues a mediados de la década de los ochenta, compraba el 85% de la producción de azúcar y mieles. Hacia 1895, además del nexo comercial, los intereses yanquis se hallaban presentes en notables inversiones que, en estrecha mezcla con capitales ibéricos e isleños, se dedicaba a la compra y montaje de centrales azucareros, así como a la comercialización del azúcar crudo para las refinerías estadounidenses. Por tanto, era previsible que la guerra a iniciarse en Cuba no solo enfrentaría la reacción negativa de los grandes propietarios españoles y cubanos, sino también la de los estadounidenses.

Asimismo, podía preverse que la administración yanqui intervendría en la guerra de Cuba no solo para impedir que fueran afectados sus intereses por la violencia bélica, sino además para evitar que elementos hostiles al expansionismo imperial pudieran acceder al gobierno de la Isla. Entre estas personas que preocupaban al gobierno estadounidense se encontraba José Martí, sobre quien se mantuvo, en determinadas etapas, una labor de espionaje, como Paul Estrade ha demostrado en sus investigaciones al respecto. Eran conocidas sus ideas, publicadas en diversos periódicos de Nuestra América y de Nueva York, así como en los numerosos discursos pronunciados durante la preparación de la guerra. Su previsión de lo que podría ocurrir lo llevó a anotar: “Y una vez los Estados Unidos en Cuba, ¿quién los saca de ella?” La intromisión tuvo lugar en 1898, y solo el patriotismo del pueblo cubano, en lucha permanente contra el injerencismo y la actitud claudicante de los gobiernos de turno, hizo posible la victoria de 1959, encabezada por Fidel.

Martí no creía en las palabras vacías y las promesas de los representantes de las administraciones del Norte, y ponía todas sus fuerzas en la preparación del pueblo cubano para que supiera discernir entre los aspectos positivos de un acercamiento respetuoso y mutuamente beneficioso, y las provocaciones que pudieran conducir a una guerra a destiempo, que solo traería la debilidad del país, entonces presa fácil de la voracidad imperial. El avezado político consideraba las ventajas que podrían significar la obtención, mediante una proposición hábil y de tono mesurado, el reconocimiento por Estados Unidos del derecho de Cuba a ser independiente. Pero no confiaba en que el gobierno de aquel país llegara a apoyar tal declaración, pues no “querrá hacer, ni decir cosas que en lo menor ponga en duda para lo futuro, o comprometa por respetos expresos anteriores, su título al dominio de la Isla”. Hubiera sido útil arrancarle una promesa al respecto, y “saber cuál es la posición de este vecino codicioso, que confesamente nos desea, antes de lanzarnos a una guerra que parece inevitable, y pudiera ser inútil, por la determinación del vecino de oponerse a ella otra vez, como medio de dejar la Isla en estado de traerla más tarde a sus manos”.

Ante tales peligros, la mayor garantía de una independencia no comprometida se hallaba en la previsión martiana de constituir una nación capaz de vencer todos los obstáculos del enfrentamiento inevitable. Desde la etapa de preparación de la guerra debían crearse las condiciones para la formación de los ciudadanos de la futura república. Para alcanzar este propósito, el Maestro concibió la estructura y funcionamiento del Partido Revolucionario Cubano en las emigraciones como una organización democrática, con métodos conducentes al objetivo propuesto, a fin de garantizar la estabilidad del país después de la contienda. Urgía desplegar una política con amplia base de masas, para enfrentar al pueblo a una oligarquía “contenta solo de que haya un amo, *yankee* o español, que les mantenga, o les cree, en premio de su oficio de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante, —la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país, —la masa inteligente y creadora de blancos y negros”.

Martí concibió la liberación de Cuba con un carácter estratégico, pues el enfrentamiento entre la nación que aspiraba a su completa independencia

y el imperio entonces en expansión era inevitable, en un momento u otro. Sus advertencias tienen plena vigencia en la actualidad, cuando el gobierno estadounidense ha declarado la continuidad de sus objetivos seculares. Estos son tiempos de proteger a la patria de los enemigos internos y externos, con las ideas martianas, con la guía del Apóstol.

Muchas gracias.

(Aplausos)

Presentación del panel: “La vigilia perpetua: aproximaciones a la visión martiana de Estados Unidos en el contexto actual”

Moderador: Adalberto Hernández Santos

Agradecemos a la Dra. Ana Sánchez, la posibilidad de desarrollar este panel con jóvenes martianos, en un evento de tanta importancia para el momento actual que vive no solo Cuba sino toda América Latina; y que tiene como epicentro de sus debates, las ideas y los análisis de alto contenido político que realizara Martí sobre Estados Unidos.

Igualmente se agradece la presencia de tantos cubanos, que aunque de diferentes generaciones, compartimos la misma pasión y compromiso con la defensa de la Revolución y de la cultura nacional. Y aunque la representación joven sea más discreta, cuando vemos a las profesoras y los profesores que están aquí, comprendemos que esta nación es como es, por tenerlos a ustedes de pilares, a ustedes que después de tanto tiempo no se cansan de seguirnos enseñando, de seguirnos impulsando en la obra, el conocimiento y la puesta en práctica —tan importante como el conocimiento—, de la obra y de la ejemplaridad de José Martí.

Entre las muchas personalidades presentes, quisiera distinguir a tres de las cuales nosotros nos consideramos siempre deudores, darles la bienvenida y las gracias porque nosotros somos en parte el resultado de la interacción de ellos. En primer lugar nos entusiasma mucho que aquí esté el profesor Horacio Díaz Pendás (aplausos) —desde que yo era niño y participaba en los concursos de Historia en Pinar del Río, veía a Horacio como aquel gran padre junto al cual uno quiere siempre estar—; aquí está la profesora Paquita López Civeira (aplausos) —gracias a ella también estamos aquí—, y, sin duda alguna, un compañero que nos acompaña en los momentos felices y en los momentos en que quizás la luz es más tenue, no vamos a decir más difíciles, y que siempre nos alerta y nos ayuda a partir de

su juventud todavía visible y su entusiasmo, es el profesor Jorge Lozano (aplausos).

Hay otros más, por supuesto, aquí están el profesor Ibrahim Hidalgo, la profesora Marlene Vázquez, el profesor Rodolfo Sarracino. Gracias a todos (aplausos).

Le doy la bienvenida también a un joven nacido en otra tierra y que se ha incorporado a nosotros; un español, español que siente esta tierra como suya, es un compañero muy cercano, y que se siente muy entusiasmado. Yo quisiera que pudieran hablar con él, es Miguel Freijo, de España, y está aquí (aplausos); un gran martiano.

Compartir nuestras reflexiones con ustedes, nos impone un reto, desde el punto de vista de lo que significa aportar algo novedoso o sustancialmente profundo luego de las ponencias del panel inaugural del evento; y además esperando después la intervención de la compañera Josefina Vidal. Por tanto para nosotros participar, implica siempre un paso de humildad antes de tomar la palabra, y también de seriedad. Entonces lo que podemos es, compartir la visión que tenemos sobre el punto de vista, el prisma a través del cual Martí miró a Estados Unidos y lo analizó.

En mi criterio personal, una idea que he expuesto anteriormente, como lo hice en el espacio *Dialogar, dialogar*, es que la visión martiana sobre Estados Unidos, al igual que ocurre con otros análisis hechos por Martí a cuestiones muy importantes del saber humano, no está en repetir memorísticamente, la frase por la frase, o sea, no es solo saber aquello de que: “Amo tanto a la patria de Lincoln como temo a la patria de Cutting”; o: “viví en el monstruo y le conozco las entrañas”. En nuestro criterio, Martí expresa esas ideas a modo de conclusiones, conclusiones que sintetizan un estudio profundo, desarrollado a través de un método, que si bien no es un hito en las modernas metodologías de la investigación, es el método utilizado por Martí para analizar no solamente a Estados Unidos, sino a todo lo que fue objeto de su atención, es un método que claramente tiene sus componentes, así como sus principios. Considero como lo más importante en ese método martiano el hecho de que para analizar, para evaluar, para criticar algo, hay que conocer primero, hay que estudiar objetivamente el asunto en cuestión, de la forma más integral; tratando de

abarcar la mayor cantidad de variables, de indicadores, de factores que influyen en el desarrollo de ese objeto e interpretar a profundidad el contexto en que se desarrolla y llegar entonces, a conclusiones claras con apego a los postulados científicos, políticos e ideológicos que tiene quien investiga.

Eso nos parece muy elemental hoy, en el siglo XXI, pero en el momento que Martí escribe sus Escenas norteamericanas, ese método era realmente novedoso en el campo de las ciencias sociales.

Por ejemplo, en *El Partido Liberal*, el 23 de junio de 1887 —que cito del tomo que ha hecho Casa de las Américas, una Edición Crítica de las Escenas norteamericanas—, Martí decía: “Para conocer a un pueblo se le ha de estudiar en todos sus aspectos y expresiones: en sus elementos, en sus tendencias, en sus apóstoles, en sus poetas y en sus bandidos!”

Traigo esto a colación, porque a nosotros, como a muchos de ustedes, estoy seguro, nos llama mucho la atención el por qué, después de Girón, por qué después de la Crisis de Octubre, por qué después de un enfrentamiento que hemos tenido a diario, cotidianamente con el imperio y sus agresiones, después de haber escuchado a Fidel, al Che, por qué aún hay jóvenes que sin analizarlo mucho —jóvenes y no tan jóvenes—, utilizan con mucho orgullo la bandera de Estados Unidos, los símbolos de esa nación o parecen estar seducidos por los cantos de sirena.

Yo creo que pasa, en parte, porque durante mucho tiempo el método que utilizamos para enseñar en las escuelas el diferendo Estados Unidos-Cuba, las agresiones de Estados Unidos y las respuestas del pueblo cubano, fue un tanto simplista, sin poner eso en contexto, sin poner eso en pasión y sin analizar críticamente qué era lo que pasaba. Y también durante mucho tiempo basamos nuestra propaganda en que, teníamos que esperar siempre el ladrido de un presidente de Estados Unidos, aquella cara de vaquero de Ronald Reagan, la cara más abrupta de Bush padre, la de Clinton, la de Bush, y quizás, en profundidad, no nos preparamos para que viniera un tipo que sonriera, un mulato que pareciera cubano, y además, tratara de seducirnos diciendo, frases comunes populares del español que hablamos en esta Isla tales como “los cubanos las inventan del aire” o “no es fácil”. En el

discurso del 17 de diciembre de 2014 dijo: “no es fácil, como dicen los cubanos”.

En el proceso de enseñanza de la Historia olvidamos que el imperialismo también tiene esta faceta de sonreír, de ser cortés en el mismo momento que aspira a devorar, a destruir. Un ejemplo claro de ello es cuando más distendido parecía el clima entre la URSS y Estados Unidos, y habían comenzado las cumbres y las reuniones entre Ronald Reagan y Mijaíl Gorbachov, cuando parecía que en el mundo se iba a perfilar una paz duradera, equilibrando los polos políticos e iniciando el proceso de fin de las armas nucleares, más duras y tenaces fueron las agresiones al mundo socialista en el marco de las doctrinas de la Guerra Fría.

Otra manifestación de abordar a Estados Unidos de modo simplista, sin tener en cuenta el método martiano para analizarlos, para identificar sus tendencias, sus fenómenos, sus manifestaciones, está —y también nuestros medios a veces influyen en eso—, en llevarnos a pensar si el campo republicano es más malo; si el demócrata es bueno. Martí fue uno de los primeros que identificó gráficamente, bien documentado, que allí no hay diferencias, ni contradicciones de fondo entre los dos principales partidos. Hay un consenso sólido entre las élites políticas y económicas, que es más grande que la diferencia que puedan tener. Un consenso que tiene que ver con compartir juntos las mismas visiones expansionistas y las mismas visiones de depredación hacia los demás. A esa conclusión Martí no llega por aspersion ni por gracia divina, sino que la encuentra conociendo, directa o indirectamente, a esa clase dominante o a través de la prensa o como por ejemplo a través de su membresía en el Club Crepúsculo de New York, donde participaba la flor y nata de lo más rancio de la oligarquía estadounidense del momento, así como sus principales pensadores. Martí estudió profundamente a esa élite y a los líderes del pensamiento, y logró identificar aquello que era la esencia de las relaciones inter-partidistas, aquello que era consenso dentro de la clase dominante hacia dónde debía ir Estados Unidos y cómo debía comportarse hacia los demás. Eso llega hasta nuestros días.

Y lo último que para mí tiene que ver en las deficiencias que hemos tenido en el análisis de Estados Unidos, y que por el contrario, sí es uno de

los aspectos metodológicos fundamentales en la forma martiana de analizar ese país, es la consulta de las obras de sus principales estrategas políticos, así como la consulta de las fuentes primarias del conocimiento. Pues, en todas las épocas, las relaciones del gobierno del Norte con los demás, así como la definición de lo prioritario para sus intereses en el momento, casi siempre es teorizado por alguno de sus pensadores orgánicos.

Y para ilustrar este aspecto y profundizar más en el anterior donde hablábamos del consenso bipartidista, hemos traído algunos libros que ilustran varios hechos y eventos que están teniendo lugar en la geopolítica actual en general y en el caso de Cuba y América Latina de modo particular. Podemos constatar que lo que ocurre hoy ya ha estado también escrito y claramente planteado, incluso por dos personas de credos políticos dispares en apariencia. De Henry Kissinger —republicano que fue Secretario de Estado de Nixon y de Gerald Ford— está este libro que se llama *Diplomacy (Diplomacia)*, sobre qué es lo que necesita hacer Estados Unidos en el siglo XXI, lo que necesita hacer con Cuba, lo que necesita hacer con América Latina. Por otro lado vemos que es lo mismo que dijo hace veinte años Zbigniew Brzezinski —demócrata— en este otro libro que se llama *The Great Chessboard (El Gran Tablero de Ajedrez)*. En ambos textos vemos análisis muy agudos con arreglo a los intereses imperialistas y la casi total coincidencia entre ambos en lo que ellos llaman intereses estratégicos.

Asimismo, en otro libro que tenemos aquí, *La audacia de la esperanza*, vemos cómo el joven senador Barack Obama ya va perfilando lo que hoy es, más o menos, su política.

Por eso, insisto en ello: es necesario realizar un verdadero análisis de Estados Unidos, a través de aquello que Martí nos legó como método, para analizar, entender y saber prevenirse de coloso del Norte.

Entonces, ya para terminar, que no soy ponente pero quería hacer esta introducción para que un poco pudiéramos todos contextualizar de qué vamos a conversar nosotros acá con ustedes.

Quisiéramos ahora escuchar a nuestro joven y casi apóstol por su vida, por su dedicación, por su ejemplaridad en todo momento, al compañero Yusuam Palacios (aplausos).

Idea martiana: La vigilia perpetua

Yusuam Palacios Ortega

Vamos a conversar y a reflexionar sobre algunas ideas que nos parecen importantes y que se conectan, lógicamente, con el título de este panel; sobre todo a partir de la lectura de un libro que consideramos fundamental a la hora de estudiar Estados Unidos desde la visión martiana. Es un libro de la doctora Marlene Vázquez: *La vigilia perpetua*.

Creemos que estamos en un momento de vigilia perpetua, en que la pupila insomne de Villena tiene que estar más cerca de nosotros, quizás como nunca antes; un tiempo en el que los perros hay que seguirlos colocando y poniéndolos a las puertas como en las casas de Pompeya; para salvar la patria, para salvar la nación, para salvarla de la impaciencia de algunos, del deslumbramiento de otros, de la ignorancia de unos cuantos que se dejan confundir con palabras engañosas y nocivas. Y qué bueno que se inició este panel recordando lo sucedido el 22 de marzo pasado: el discurso del presidente de Estados Unidos, Barack Obama, ante representantes de la sociedad civil cubana en el Gran Teatro de La Habana Alicia Alonso.

Ciertamente, el presidente de Estados Unidos dio una clase de actuación, con un poder histriónico extraordinario, de seducción, porque no caben dudas que las palabras de Obama, son palabras seductoras, que vienen como aquel flautista de Hamelin tocando su flauta, y que muchos se dejan llevar por la melodía y van arrastrándose hasta caer en el peor de los abismos. Yo creo que hoy más que nunca, resulta medular atender al llamado del doctor Ibrahim Hidalgo cuando nos convidaba a todos que divulgáramos más, a que estudiáramos más, a que leyéramos más, a que compartiéramos más lo que dijo Martí en su texto “La verdad sobre los Estados Unidos”.³² Los jóvenes de hoy tenemos que hacer mucho desde esa motivación martiana.

Creo que hay que seguir leyendo ese texto y hay que seguir interpretándolo desde hoy, desde el contexto actual, porque lo que Martí nos dice en “La verdad sobre los Estados Unidos” es realmente extraordinario. Quiero citar un fragmento que nos va a ayudar a entender también el sentido de las palabras de Obama, las pretensiones históricas de los círculos de poder de Estados Unidos sobre Cuba; el interés expansionista, de dominación, de los partidos políticos que en histórica pugna han obedecido los intereses de un sistema donde, da igual si son demócratas o si son republicanos, al final, como nos recordó la profesora López Civeira citando a Martí: la lucha ahí no es entre los demócratas y los republicanos, sino entre los proteccionistas y los librecambistas. Y es que no se trata, no es esa esencia, lo que distingue a un partido en Estados Unidos; lo que mueve a los partidos en Estados Unidos, a esos dos partidos principales, es el orden, es el sistema, es ese conjunto de componentes que tienen en el capital, en el dinero, las transnacionales, los grandes intereses, lo que precisamente hace mover la política de Estados Unidos, su sistema en sentido general.

Y Martí se da cuenta de eso, se percata de eso porque lo estudia, porque lo vive allí, porque logra desentrañar esas pretensiones, porque ya siente Martí que no tiene casi tiempo para seguir alertando, y por eso también en aquella carta inconclusa del 18 de mayo a Mercado, comienza, precisamente así en sus primeras palabras planteando que está todos los días en peligro de dar su vida por su país y por su deber para, con la independencia de Cuba, impedir a tiempo esa expansión de Estados Unidos, esa apropiación de Estados Unidos y que cayeran con esa fuerza más sobre nuestras tierras de América.

En “La verdad sobre los Estados Unidos” Martí dice algo lapidario, de una trascendencia enorme: “Pero no augura, sino certifica, el que observa cómo en los Estados Unidos, en vez de apretarse las causas de unión, se aflojan; [...]”. Martí se está dando cuenta de que lo que se va moviendo en Estados Unidos no son factores que buscan la unidad, porque está estudiando también las diferencias entre el norte y el sur de Estados Unidos, las características propias de cada uno de los estados; porque Martí está viendo la desigualdad, está viendo la injusticia, está viendo que esos factores de unidad, en vez de asegurarse, se aflojan en Estados Unidos. Y

aquí nos está haciendo un alerta también, en vez de resolverse los problemas de la humanidad, estos se reproducen, aumentan.

Desde entonces, lógicamente, el sistema capitalista, un sistema donde el monopolio está sentado como un gigante implacable, es incapaz de resolver los problemas de la humanidad, problemas que han crecido, problemas que se han agudizado, que han llegado al siglo XXI, y que se siguen reproduciendo. Por eso también el Comandante en Jefe Fidel Castro ha dicho en innumerables ocasiones que el orden económico, político, social, cultural que representa el capitalismo es insostenible, es incapaz de resolver los problemas, y capitalismo al fin, los reproduce a una gran escala.

Martí se está dando cuenta de esto y lo dice en “La verdad sobre los Estados Unidos” sobre la base de un criterio, el que él tiene; sobre la base de esa crítica basada en el ejercicio del criterio, y de ese método tan importante que es el método electivo. Martí elige para integrar, y nos da los elementos, nos pone sobre la mesa los elementos que identifican, que distinguen, que nos van mostrando a Estados Unidos en su esencia. Y recordemos que, al inicio de ese texto, deja claro que si bien no hay que exagerar las faltas de Estados Unidos por negarles toda virtud, no se deben esconder sus faltas o pregonarlas como virtudes. Martí nos da una especie de equilibrio también en esa idea inicial pues era, y sigue siendo preciso, que se conozca la verdad sobre Estados Unidos.

Vamos, realmente, a leer, a estudiar, a desentrañar ese modelo, ese sistema que no es el que él quiere para Cuba, no es el que él quiere para Nuestra América. Por eso hace estas importantes reflexiones. Dice Martí: “[...] en vez de amalgamarse en la política nacional las localidades, la dividen y la enconan; en vez de robustecerse la democracia y salvarse del odio y miseria de las monarquías, se corrompe y aminora la democracia, y renacen, amenazantes, el odio y la miseria”. Los “paladines de los derechos humanos”, los que preconizan una democracia verdadera, una democracia real, una democracia ejemplo o paradigma, los que se abrogan el derecho de decir que en Cuba hay un sistema unipartidista y que ellos tienen una democracia pluripartidista —como dijo el Presidente de Estados Unidos en ese discurso antes mencionado—, desconocen la verdadera esencia de Cuba, su realidad, su sistema. Ellos mismos no nos conocen, no son capaces

de entender nuestra esencia humanista, ética y antimperialista. Y a Obama, que cita a Martí, yo creo que debiéramos recomendarle que se lea “La verdad sobre los Estados Unidos” para que conozca realmente su país y para que se percate que desde el siglo XIX esa democracia cada vez más se desmorona, cada vez más se queda casi sin fuerza alguna porque, precisamente, no es una verdadera democracia.

No en balde Martí tiene que fundar y crear en Cuba un partido, el partido de la Patria, el partido de la nación cubana, el partido que estuvo movido no por lo que un grupo ambicionaba, sino por lo que un pueblo quería. El Partido Revolucionario Cubano es el pueblo cubano, y por eso Martí, asegurando la independencia de Cuba, necesitaba, así también nos lo dice, fundar una república en la que —lo sabemos, siempre lo citamos, pero hay que ir a esa esencia trascendental—: la ley primera tenía que ser el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre, de la mujer, del ser humano, y cuando desentrañamos ese concepto nos damos cuenta cómo Martí está haciendo, desde esa percepción, desde esa visión de cuál debía ser nuestra primera ley, la crítica al modelo democrático de Estados Unidos, capitalista, burgués, representativo, en definitiva falso, porque en Cuba tenía que haber una república en la que tuvieran derechos políticos los hombres y las mujeres; los instruidos y los analfabetos; los ricos y los pobres; los blancos y los negros, todos sin distinción, sobre la base, y he ahí el sostén, la osamenta, del principio que significa el culto de los cubanos a la dignidad plena del ser humano.

El profesor Jorge Lozano, en una interpretación que consideramos muy acabada en este sentido, nos ha demostrado en no pocas ocasiones cómo el Partido Revolucionario Cubano es la vía que utiliza Martí para desenmascarar, para desmontar esa realidad que había desentrañado en Estados Unidos y, por supuesto, el garante para el sostén, el garante para la alerta, el garante para la vigilia.

Y vamos a concluir, con este fragmento tan necesario:

Y no cumple con su deber quien lo calla, sino quien lo dice. Ni con el deber de hombre cumple, de conocer la verdad y esparcirla; ni con el deber de buen americano, que solo ve seguras la gloria y la paz del continente en el desarrollo franco y libre sus distintas entidades naturales; ni con su deber

de hijo de nuestra América, para que [y he ahí las razones de las características que al inicio exponíamos] por ignorancia, o deslumbramiento, o impaciencia no caigan los pueblos de casta española al consejo de la toga remilgada y el interés asustadizo, en la servidumbre inmoral y enervante de una civilización dañada y ajena. Es preciso que se sepa en nuestra América la verdad de los Estados Unidos.

Muchas gracias.

El núcleo de la visión martiana sobre Estados Unidos

Harold Bertot Triana

Hace pocos días, en un espacio de *Dialogar, dialogar*, que coordina el historiador Elier Ramírez, subrayábamos como núcleo de la visión de José Martí sobre Estados Unidos, los artículos que enviaba desde principios de la década del 80, en forma de cartas, a los diferentes periódicos de la época: *La Nación*, de Buenos Aires; *La Opinión Nacional*, de Caracas; *La Opinión Pública*, de Montevideo; *El Partido Liberal*, de México, y que por las propias características de cada uno fueron conformando sus *Escenas norteamericanas*.

Por ello consideraba necesario, como en toda explicación de ideas pretéritas, que una tarea de primer orden consistía en tratar de vislumbrar, o identificar, cuál era el contexto social, político e internacional en que Martí desarrolló sus ideas; también algunos de los problemas fundamentales que se debatían en aquella sociedad estadounidense de finales de siglo XIX y, sobre todo, la visión que sobre ella se tenía en América Latina.

En un reciente artículo aparecido en la revista *Temas*, el investigador cubano Jorge Hernández se hacía eco de la opinión de varios estudiosos de la sociedad estadounidense, que la definen históricamente como una sociedad consensual, en el entendido de que la mayor parte de la población y de los sectores que la componen, se adhieren a determinados acuerdos establecidos sobre la base de los valores del capitalismo, como modo de producción, formación social y patrón de organización económica, unido a la democracia liberal en lo político.

Entre muchos factores que explican esto, algunos prefieren indicar la singularidad del propio proceso histórico estadounidense, muy diferente, por ejemplo, al proceso histórico de las sociedades europeas, que tuvieron que realizar una revolución burguesa para destruir la rigidez, el

autoritarismo y la reacción monárquica de la sociedad feudal; y luego la propia reacción de la burguesía en el poder, en muchos casos aliada a los remanentes feudales. Esto permitió, lógicamente que, a diferencia de Estados Unidos, que no transitó por una sociedad feudal, pudiera desarrollarse una propuesta alternativa de izquierda y el desarrollo de una tradición revolucionaria, en algunos casos dispuesta a todo, incluso a los métodos violentos de lucha. Recordar que las ideas de igualdad, libertad y fraternidad de la Revolución Francesa de 1789, recibieron su primer jalón histórico cuando a partir de 1830 el incremento de la masa de obreros, volcados a protestas, insurrecciones, complots, acciones clandestinas o públicas, puso al descubierto que, en realidad, los derechos y libertades esgrimidos por la burguesía eran solo para ella. En Europa señoreaba, sin sonrojos, la idea del *voto censitario*, que permitía ejercer el derecho al sufragio solo a aquellas personas con determinados bienes, y solo Francia en 1848, Alemania en 1871 y Noruega en 1898, habían institucionalizado el sufragio universal.

Desde entonces el miedo a que el derecho a la revolución, que la burguesía había esgrimido frente al poder feudal, pasara a ser un derecho de los obreros, hizo que bajo el liberalismo, que ganó los corazones de no pocos intelectuales y combatientes, registrara sus últimas revoluciones en Grecia en 1830 —donde muere combatiendo Lord Byron en las ruinas de Missolongui—, y que pasara al continente americano, con las revoluciones iniciadas frente a la dominación colonial de España. A partir de 1830 y, sobre todo, 1848, por el temor a la insurgencia obrera, se aleja al liberalismo de toda actitud radical. Se torna mesurado, y hasta conservador, por miedo a los obreros y al socialismo, cuyas ideas comienzan a pesar.

De este modo, la reacción contra el movimiento obrero europeo se evidenció con extrema crudeza después de las revoluciones europeas de 1848, que pusieron a prueba en un amplio frente a la burguesía, incapaz por momentos de controlar las crisis y de revertir la depauperación continua de la vida de los obreros. Ello la llevó en ocasiones a perder los límites y lanzarse a una represión desenfundada, como lo constituyó el desenlace brutal de la Comuna de París en 1871, y el período de reacción seguido en toda Europa, que llevó a la autodisolución de la I Internacional. No es si no hasta bien adelantado el siglo XIX, bajo el avance indetenible del

movimiento obrero, y generado por una peculiar transición en el modo capitalista de producción, que se produjo un replanteo hacia concesiones políticas de cortes democráticas: por ejemplo, la legalización de partidos políticos obreros que se produciría a finales del siglo XIX, aunque por supuesto, en realidad pretendió atajar revoluciones en un marco constitucional y descorrió las cortinas de un pensamiento demoliberal bastante oportunista.

Hago hincapié en estas ideas, porque posiblemente ningún pensador de entonces haya detectado, analizado y comprendido, como Martí, todo lo que significaron estos desarrollos desiguales en lo político en ambos continentes, cuando Estados Unidos a finales del siglo XIX, vivió una gran ola migratoria, sobre todo proveniente de Europa.

Europa era un crisol entonces de muchas tendencias políticas. Se encontraban distintas vertientes de socialismo, se extendía con virulencia el fenómeno del anarquismo, los métodos violentos de lucha, y todo eso llegaba a Estados Unidos con la migración europea. Imaginemos lo que suponía trasladar todas esas experiencias a un lugar que se admiraba por la “prensa libre”, el “derecho al sufragio”, las “elecciones”, es decir, todo lo que todavía en Europa estaba en discusión y batalla por conseguirse.

Por eso Martí, en medio de las duras críticas hacia el sistema estadounidense, pudo advertir la inviabilidad de aquellas tendencias en Estados Unidos. Inviabiles en una sociedad que no tuvo que luchar contra el feudalismo ni tuvo tiempo de engendrar una profunda tradición revolucionaria de izquierda.

Federico Engels tuvo un atisbo de estas peculiaridades, al enjuiciar la situación del Partido Socialista del Trabajo de Estados Unidos, en el Prólogo a la edición estadounidense de 1887 de su obra *La situación de la clase obrera en Inglaterra*; un partido que para entonces solo existía de nombre, “porque en ninguna parte de los Estados Unidos ha estado en posición de afirmarse como partido político”, y hasta cierto punto “resulta extranjero para Estados Unidos, ya que hasta muy recientemente estaba formado casi exclusivamente por inmigrantes alemanes, que usan su propio idioma y, en su mayoría, se hallan poco familiarizados con el inglés”. Y continuaba Engels:

Pero si bien es de cepa extranjera, llega al propio tiempo armado de toda la experiencia adquirida en largos años de lucha de clases en Europa, y con una noción de las condiciones generales de la emancipación de la clase de los trabajadores muy superior a la que poseen los trabajadores norteamericanos. Es una fortuna para el proletariado norteamericano que de ese modo puede absorber y utilizar el conocimiento intelectual y moral de cuarenta años de lucha de sus compañeros de clase en Europa, y acelerar así su propia victoria. Porque, como he dicho, no puede haber duda alguna al respecto. El programa supremo de la clase obrera norteamericana debe ser y será fundamentalmente el mismo que ha sido aceptado actualmente por todo el proletariado militante de Europa, el mismo del Partido Socialista del Trabajo germano-norteamericano. Por tanto este partido está llamado a jugar un papel muy importante dentro del movimiento. Pero, para ello, necesitará despojarse de todo vestigio de su indumentaria extranjera. Tendrá que llegar a ser norteamericano hasta la médula.

Por su parte Martí, en un artículo dirigido a *La Nación* de Buenos Aires en 1886, advertía cómo aquellos obreros “[...] con la pujanza de la ira acumulada siglo sobre siglo, en las tierras despóticas de Europa, se han venido de allá con un taller de odio en cada pecho y quieren llegar a la reorganización social por el crimen, por el incendio, por el robo, por el fraude, por el asesinato [...]”, y destacaba cómo

Esos alemanes, esos polacos, esos húngaros, criados en miseria y en la sed de sacudirla, sin más cielo sobre las cabezas que el tacón de una bota de montar, no traían, al venir a esta tierra, en los bolsillos de sus gabanes blancos, en sus cachuchas, en sus pipas, en sus botas de cuero y sus dolmanes viejos, aquella costumbre y fe en la libertad, aquel augusto señorío, aquella confianza de legislador que pervade y fortalece al ciudadano de las repúblicas: traían el odio del siervo, el apetito de la fortuna ajena, la furia de rebelión que se desata periódicamente en los pueblos oprimidos, el ansia desordenada de ejercitar de una vez la autoridad de hombres, que les comía el espíritu, buscando salida, en su tierra de gobierno despótico.

Lo que allí se engendró, aquí está procreando. ¡Por eso puede ser que no madure aquí el fruto, porque no es de la tierra!

Por supuesto, estos análisis Martí los realiza en medio de una crítica feroz al sistema. Se puede decir que desde la década del ochenta, con su arribo a Estados Unidos, una singular preocupación embarga a Martí por el estado social, político y económico del sistema capitalista, que se encontraba ya en un grado superior de transformación. Esa preocupación atraviesa todas las *Escenas norteamericanas*. A ello hay que sumar un elemento no menos importante, para entender la forma en que Martí escribe para estos diarios latinoamericanos, porque en el momento en que Martí está escribiendo aquellos artículos, en la propia América se abría una visión del mundo en términos de “civilización” y “barbarie”, que identificaba la “civilización” con Estados Unidos. Esta idea tenía un difusor importante en Domingo Faustino Sarmiento, aquel que escribiera a Paul Groussac recomendándole la traducción de un texto martiano al francés en 1887: “En español, nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Víctor Hugo, nada presenta la Francia de esta resonancia de metal”. Sin embargo, Martí desde el inicio no comparte esta idea. No comparte, y después lo ratificará en el fundamental ensayo *Nuestra América*, donde dijo: “No hay contradicción entre civilización y barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza”. Es una visión que él ya está contraponiendo desde el inicio, sobre todo desde una aproximación ética, cuando para el entendimiento de la conducta y los valores en la conformación de aquello que denominó Nuestra América, frente al vecino del Norte, expone el concepto de “hombre natural”, que anticipara en el discurso de celebración por el centenario de Simón Bolívar en New York en 1883, y que desarrollará en *Nuestra América*.

Por tal razón hay que tomar en cuenta a la hora de leer, por ejemplo, los artículos publicados en *La Nación* de Buenos Aires, la carta que enviara a Martí el director de dicho diario, el argentino Bartolomé Mitre, luego que este enviara su primera colaboración en 1882:

La supresión de una parte de su primera carta, al darla a la publicidad, ha respondido a la necesidad de conservar al diario las consecuencias de sus ideas [...] Sin desconocer el fondo de verdad de sus

apreciaciones, y la sinceridad de su origen, hemos juzgado que su esencia extremadamente radical en la forma absoluta de las conclusiones, se apartaba algún tanto de las líneas de conducta que a nuestro modo de ver [...], debía adoptarse desde el principio, en el nuevo e importante servicio de correspondencia que inaugurábamos. La parte suprimida de su carta, encerrando verdades innegables, podría inducir en el error de creer que se abría una campaña de “denunciation” contra Estados Unidos como cuerpo político, como entidad social, como centro económico [...] Su carta habría sido todo sombras, si se hubiera publicado como vino [...]

Martí acepta escribir en estas condiciones, y tal vez no con el mismo sufrimiento que experimentó en Guatemala, una especie de sufrimiento que se descubre en una carta de 1878 a Mercado sobre el trato con la personalidad del presidente Rufino Barrios: “Es verdad que había una disconformidad absoluta entre su brutal modo de ser y mi alma libre: es verdad que yo las poetizaba ante mí mismo para poder vivir entre ellos; pero estos secretos no han salido nunca de mi alma”.

Para entonces, en esta nueva etapa en Estados Unidos, Martí logra sortear con presteza estos condicionamientos, y se descubre libre, a veces, en esa apelación socorrida de la ironía para explicar sus ideas. “En la morada misma de la libertad se amontonan de un lado los palacios de balcones de oro, con sus aéreas mujeres y sus caballeros mofletudos y ahítos, y ruedan del otro en el albañal, como las sanguijuelas en su greda pegajosa, los hijos enclenques y deformes de los trabajadores”.

Las descripciones periodísticas de sucesos y realidades, junto a la exaltación de lo mejor de la cultura estadounidense, vienen directamente a constituirse en una esclarecedora crítica del capitalismo, de sus estructuras, de su funcionamiento, de sus condicionamientos a nivel de la conciencia social.

En esto se diferenció del gran pensador francés Alexis de Tocqueville, quien se convirtió en uno de los grandes del pensamiento político con la obra referencial, *La democracia en América*, donde, después de ver los escenarios convulsos de Europa, llega a Estados Unidos y se encuentra que allí se había logrado parte de todo por lo que los movimientos

revolucionarios en Europa estaban luchando. Digamos, había más libertad de prensa que en Europa, por lo menos había un derecho al voto, la prensa libre, etc.

¿Cómo poder catalogar o etiquetar entonces a Martí como un “liberal”, como algunos han pretendido? Digo esto porque algunos lo encuadran “a secas” como un “liberal”, en otros casos, un poco apresurado, como Antonio Martínez Bello, en sus *Ideas Sociales y Económicas*, lo llaman un “materialista-dialéctico” y un “socialista”, o caracterizado sin más en ese infinito mundo de las definiciones políticas como un “demócrata revolucionario”. Esto no me parece del todo correcto. A mi modo de ver, las razones de estas constantes aproximaciones o asimilaciones de su pensamiento a tendencias o credos filosóficos disímiles, tiene causa en que todas ellas tienen el punto de conexión, el centro de gravedad, en la ética rectora de lo mejor del pensamiento cubano del siglo XIX incorporada en Martí, que hace traspasar, o sirve de gancho, en la integración de todas ellas a su pensamiento, y que posibilita a su vez que ese pensamiento pueda “amoldarse”, o que pueda ser asimilado por toda creencia o pensamiento que tenga en el centro de su reflexión al hombre y su emancipación. Ninguna de ellas aparece en la lógica de ideas colocadas una al lado de otras, como pueden estar libros sin orden, coherencia y sentido en largos estantes. Solo así —entiendo— debe comprenderse que en algún momento Cintio Vitier advirtiera que en Martí había ecos de estoicismo, neoplatinismo, hinduismo, etc.

Precisamente esta conformación del ideario ético martiano a partir de una conjunción de influencias de varias culturas, pensamientos y tendencias filosóficas, condujo a Gabriela Mistral a llegar a afirmar que lo importante en Martí lo constituía el tono. Y en este sentido, el propio Marinello expresaba:

En algún modo, pudiera decirse que es (Martí), desde el Presidio Político a la última carta a Mercado, un explicador del Mundo y de los hombres, un filósofo, pues. Su acción apostólica es siempre hija de una interpretación de lo circundante, derivación y consecuencia de un criterio en que intervienen con igual aporte la enseñanza de los libros y la de los hechos. Pero ocurre que lo penetrante del análisis anda muy

hermanado a la entonación lírica; que el poeta, al decir la realidad de modo inusitado, la transforma en sí mismo, la hace parte de su temblor central, de su estado de espíritu, de su dominante emoción.

Por ello Cintio Vitier hablaba de Martí como un “integrador”, que superó la escisión entre el verso y la prosa, fundado en elementos eternos de la expresión verbal como el ritmo y la imagen, así como entre el arte y la vida, que Martí veía al primero surgiendo fieramente de la vida, y entre la palabra y la acción, pues como el propio Cintio expresara: “Martí aportó por su cuenta una integración original, de abierta y sincrética impulsión americana, de la imagen y la vida, incluyendo sus zonas oníricas, palpitantes en versos, crónicas, discursos y diarios; y sobre todo, una interpretación militante de la palabra poética y la acción revolucionaria, fundidos en él hasta lo indiscernible, ambas trasmutadoras de la realidad”.

Podríamos convenir que este posicionamiento ético es la médula espinal de un método para elegir, entre todas las tendencias, credos y filosofías, las posiciones éticas y morales que podían integrarse o ser coincidentes en su perspectiva de liberación humana. Por ello no es una ética abstracta, nacida de un sujeto cabalgando sobre las palpitaciones de su tiempo. La construye, y fortalece, frente a las crudas realidades del colonialismo, la esclavitud, la explotación del obrero. Es hija y expresión de una condensación, que en un fecundo hemicycle histórico, capta toda la perspectiva liberadora del siglo XIX, al compás en que sus profundas cavilaciones la toman a ella para develar en la diversidad de variantes políticas, filosóficas y sociales, los lados más oscuros que las secundaban, las lumbres que más resaltaban de sus entrañas, y las más notorias peculiaridades que enriquecían la condición humana. Es en esta línea que hay que entender su valoración del pensamiento filosófico y político de hombres como Krause, Marx o Henry George.

Por ello, si bien armó su andamiaje conceptual político entre las ideas dominantes liberales de los “derechos del hombre”, la igualdad y libertad, que no contrastadas con la realidad colonial y de Europa, venían a constituirse desde entonces en el centro de recomposición de cuanto proyecto redentor surgiera, no lo fue ni un tanto de aquel liberalismo en la variante discriminatoria representada por su cariz más descarnado en

hombres de mediados del siglo XIX, como Benjamín Constant, Fustel de Coulanges, etc. Bajo el influjo de estas doctrinas dominantes en el pensamiento decimonónico, discurrió y armó su pensamiento hasta que aquella bala injusta, que al decir del gran Juan Ramón Jiménez, como toda bala injusta “venía de todas partes feas y de muchos siglos bajos”, diera con su muerte prematura el 19 de mayo de 1895. Se debe entender todo su proyecto de liberación desde una ética que enfocó la cuestión social y la subversión de formas, en el camino de situar al hombre de una vez y para siempre en la senda de su redención, sin sombra de menoscabo a su dignidad.

Por ello, y quiero cerrar esta digresión, aceptar un Martí de ideas liberales en sus primeros años, comporta en la índole de esta clasificación serias advertencias: lo fue en cuanto el progreso y transformaciones sociales tomaban fundamento, frente a la opresión y la esclavitud, en los derechos del hombre, en su igualdad y libertad, encarnada de la tradición de Félix Varela y Luz y Caballero. No así de aquellas presentes en la corriente cubana, de confesada filiación colonialista y esclavista. En la ética de raigambre cristiana lucista, halló Martí la manera de acercar aquellas ideas corporeizadas de un “hombre abstracto” a las concreciones de las necesidades de los hombres reales, de carne y hueso, como diría Marx, pues en el liberalismo de corte aristocrático era posible concebir “derechos naturales” en el hombre, a la par de la existencia de colonias y esclavos, porque sencillamente la libertad e igualdad eran pensados para un individuo propietario y colonialista.

Ningún “liberal” de entonces podía alcanzar la radicalidad del pensamiento martiano sobre el verdadero ejercicio de la libertad y la igualdad:

La libertad política, que cría sin dudas y asegura la dignidad del hombre —escribe en *El Partido Liberal* en 1886 respecto a Estados Unidos—, no trajo a su establecimiento; ni crió aquí en su desarrollo, un sistema económico que garantizase a lo menos una forma de distribución equitativa de la riqueza; en que sin llegar a nivelaciones ilusorias e injustas, pudiese el trabajador vivir con decoro y sosiego, educar en honor a su familia, y ahorrar para su ancianidad como el

legítimo interés de toda su existencia, una suma bastante para librarlo del hambre, o de ese triste trabajo de los viejos que de veras es una ignominia para cuanto no hemos imaginado aún el modo de evitarlo: ¡los viejos son sagrados! cambiaron en detalles de importancia las leyes civiles con el advenimiento de las libertades públicas” —y escuchen esto—: “pero no se alteraron las relaciones entre los medios y los objetos de posesión y los que habían de disfrutarla.

No creo, en verdad, que esta forma de pensar pueda ser identificada, sin más, en las dimensiones del pensamiento liberal de la época, que concebía, insistimos, la libertad y la igualdad solo abstractamente, sin un análisis de sus posibilidades reales de realizarla. ¿Qué idea liberal de entonces podía igualarse a un pensamiento que significa que allí (en Estados Unidos) la libertad “viene a ser como la griega o la inglesa, libertad de señores con pan negro y angustia para los infortunados, y muy bien para los de arriba, que gobiernan y tienen las manos llenas de privilegios, pero desigual y molesto para la masa común que se cansa de llevar a estas panzas doradas sobre los hombros”.

Pero hay algo más, y es que el posicionamiento ético y la radicalidad del pensamiento social y político de Martí, nos coloca a punto de señalar un cierto acercamiento de las ideas de Martí a las ideas socialistas, sin que ello implique que estemos considerando a Martí un “socialista” o un “marxista”, como en algún momento pretendió Martínez Bello. Pero indudablemente sí hay muchas coincidencias del pensamiento martiano, en lo social, con la preocupación política que se planteó el socialismo marxista. Indudablemente en el vientre de sus preocupaciones se gestaron claras líneas de pensamiento, que lo hicieron coincidir con la preocupación socialista y los fundamentos de su lucha: subvertir la desigual relación capital-trabajo, completar la formalidad de los derechos y libertades públicas del liberalismo con un sistema que propicie un ejercicio pleno e íntegro de tales postulados; la centralidad alcanzada en importancia por los obreros en las futuras transformaciones sociales; y las luchas sociales entre capitalistas y obreros. En suma, Martí se enfoca críticamente en la cuestión obrera, que no era otra cosa que la lucha de clases entre capitalistas y obreros, que él denominó el “problema social”. Y en ello se explanaba una consecuencia lógica para los pueblos latinoamericanos en el ideario

redentor martiano: el rechazo a un sistema que vuelca a una vida en el que “todo empuja, precipita, exacerba, arrastra”, y en el que “se siente que la vida en estas grandes ciudades se consume, adelgaza y evapora”.

En este orden, es muy probable que Martí conociera de los escritos de Marx, sacados a la luz en Estados Unidos en el *New York Daily Tribune*, y *New American Cyclopedia*, publicados por las gestiones de quien fuera amigo común de ambos, el periodista norteamericano Charles Dana. Y probablemente no compartiera muchas de las ideas expresadas por Marx sobre algunos problemas de América, que indudablemente estaban lastrados por una visión muy europeizada. Sin embargo, y esto es curioso, usted no encuentra una nota —por lo menos yo, no sé los profesores— donde él se refiera a las grandes obras, al *Manifiesto Comunista* de Marx, por ejemplo, y le haga alguna crítica.

Precisamente en la *New American Cyclopedia*, Marx publicó un artículo titulado “Bolívar”, donde tiene palabras muy duras para El Libertador, y que poseo como algo raro gracias a la publicación que hiciera de ella la revista *Dialéctica* en marzo de 1936, como resultado de haberlo encontrado el intelectual argentino Aníbal Ponce en 1935 en los archivos del *Instituto Marx-Engels-Lenin* de Moscú. En ella se diría, por ejemplo, del Congreso de Panamá en 1827: “Lo que en realidad se proponía Bolívar era hacer de toda América del Sur una república federal, de la que él sería dictador. Mientras daba rienda suelta a sus sueños de vincular medio mundo a nombre, ese poder efectivo se le escapaba rápidamente de las manos”.

Todo esto lo expongo para significar que, en gran medida, tiene razón Fernández Retamar cuando afirmó que Martí no pudo distinguir la especificidad del pensamiento de Marx respecto a los socialismos de Saint Simon, Fourier, Bakunin, y otros. Y por ende comprender la contribución científica de Marx, que los diferenciaba de estos. “Atribuir a esto cortedad de visión o a tibieza en Martí —concordamos con Retamar—, sería tan torpe como achacar el aparente eurocentrismo de Marx a un absurdo chovinismo continental. Lo cierto es que la fidelidad de uno y otro a *sus* problemas inmediatos respectivos, y no coincidentes entonces, los lleva a posiciones concretas, desde las cuales a Marx no le era posible apreciar

debidamente el que sería el planteo de Martí (como se ve en el caso de Bolívar), ni a Martí el aporte científico de Marx”.

Sin tomar en cuenta estas cosas, algunos han querido ver en el escrito de Martí, publicado en *La Nación* de Buenos Aires, con motivo de la muerte de Marx, una “crítica” a Marx, cuando en realidad —a mi modo de ver— es todo lo contrario. Por decir más, cuando nosotros vemos posteriormente la vida de Martí, nos damos cuenta de que él al final tuvo que incurrir en las mismas cosas que le señalara a Marx. “Pero no hace bien el que señala el daño, y arde en ansias generosas de ponerle remedio, sino el que enseña remedio blando al daño. Espanta la tarea de echar a los hombres sobre los hombres”. Martí también organizó una guerra, la cual no iba a ser “remedio blando”; era una guerra donde había que echar los hombres sobre los hombres a pelear. “Anduvo de prisa, y un tanto en la sombra”, le dijo a Marx. Bueno, en algún momento él también tuvo que andar de prisa y un tanto en la sombra. Por eso le reconoció a Mercado: “En silencio ha tenido que ser” y advertir con desesperación: “Gonzalo, sobre nuestra tierra” —hablando de Estados Unidos— “se urde un plan tenebroso. Gonzalo, apúrate, hay que apurarse, Gonzalo”. Fue una inquietud desgarradora, una inquietud por andar de prisa también.

Sin embargo, no pudo menos que decir de Marx: “Como se puso del lado de los débiles, merece honor”. Y lo elogió de tal forma que vio en Marx no solo el movedor titánico de las cóleras de los obreros europeos, sino al veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y al hombre comido del ansia de hacer bien. Esto es muy importante, escribió Martí: “Estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó cómo echar a tierra los puntales rotos.” Yo me pregunto: ¿Cuáles eran los puntales rotos? “Él veía en todo lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha”.

Era difícil que Martí no valorara en su justa medida ideas sociales que luchaban por la liberación humana, más allá de cualquier incompreensión. El pensamiento marxista, a veces no se insiste lo suficiente en ello, fue una posición ética que tomó partido frente a una realidad injusta, donde la propia construcción racional y filosófica que le permitió construir una Economía Política superior a las anteriores, no puede verse aislada de las

motivaciones éticas o morales de comprender el sistema que se desarrollaba en forma desigual en lo material y espiritual. En Marx y Engels no es posible entender toda su obra sino como un proceso de integración racional-filosófico desde posiciones éticas que signaron con acentuada fuerza y decisión la posición o el carácter ideológico de su teoría al lado de los humildes.

Solo recordar, a modo de ilustrar, como Carlos Marx desde los años de sus publicaciones en la *Gaceta del Rin*, todavía con un influjo marcado de la filosofía hegeliana, y antes de resolver las dudas que lo asaltaban, y del comienzo de su construcción teórica-filosófica del mundo, de sus estudios profundos sobre las relaciones económicas, etc., colocó en el colimador de sus reflexiones problemáticas que atañían a “intereses materiales”, sobre la ley sobre los robos de leñas, en las que se puso de lado de la “muchedumbre pobre y política y socialmente desposeída”, sobre las condiciones de vida de los trabajadores del Mosela, etc. El propio concepto de “enajenación” en Marx, explicado con especial viveza e intensidad en lo que se ha dado a conocer como *Manuscritos Económicos y Filosóficos del 1844*, le debe mucho de su existencia a estas profundas preocupaciones éticas.

Por tales razones José Martí no dudó en calificar en 1884 el socialismo como “nobilísima idea”, en su refutación al artículo de Herbert Spencer, que presentaba al socialismo como “la nueva esclavitud”. “Nobilísima tendencia —diría Martí—, nacida de todos los pensadores generosos que ven como, el justo descontento de las clases llanas, les lleva a desear mejoras radicales y violentas y no hallan más modo natural de curar el daño de raíz, que quitar motivo al descontento”.

En esta impugnación a Spencer muestra una radicalidad impresionante en su pensamiento. “A manera de Lord inglés —habla de Spencer— no señala con igual energía el echar cara a cara a los páuperos su abandono e ignorancia, los modos naturales de equilibrar la riqueza pública con toda humanidad en Inglaterra, que ha de mantener en vida desconsolada y desesperada seres humanos que se roen los puños de hambre, en las mismas calles, por donde pasan, hoscos y erguidos, otros seres humanos que con las rentas de un año de sus propiedades, pueden cubrir a toda Inglaterra de guineas”.

En aquellos momentos en que Spencer arremete contra el socialismo y contra una presencia más activa del Estado, estaba la idea del “Socialismo de Estado” en Alemania, que en concretas situaciones históricas, y más por finalidad ideológica, había sido acogida por la dominación feudal en sus propósitos de utilizar a los obreros contra la burguesía alemana que, aunque débil, comenzaba a levantar cabeza frente a Bismark. Ante el panorama de estas intervenciones estatales que espantaban a Spencer, significaba el Apóstol:

Y todas estas intervenciones del Estado las juzga Spencer como causadas por la marea que sube e impuestas por la gentualla que las pudre, como si el loabilísimo y sensato deseo de dar a los pobres cosas limpias, que saneaba a la par el cuerpo y la mente, no hubiera nacido en los rangos mismos de la gente culta, sin la idea indigna de cortejar voluntades populares, y como si esta otra tentativa de dar a los ferrocarriles al Estado no tuviera, con varios inconvenientes, altos fines moralizadores, tales como, el ir dando de baja los juegos corruptores de la bolsa, y no fuese alimentada en diversos países a un mismo tiempo, entre gentes que no andan por cierto, en cavernas y tugurios.

Y agregaba, magistralmente:

Pero esto viene de que se quieren legislar las formas del mal y curarlo en sus manifestaciones, cuando en lo que hay que curarlo es en su base, la cual está en el enlodamiento, agusanamiento y podredumbre en que viven las gentes bajas de las grandes ciudades y de cuya miseria —con costo que no alejaría, por cierto, del mercado a constructores de casas de más rico estilo y sin los riesgos que Spencer exagera— pueden sin duda ayudar mucho a sacarles la casas limpias, artísticas, luminosas y airadas que, con razón, se trata de dar a los trabajadores, [...] a más que con dar casas baratas a los pobres, trátese solo de darles habitaciones buenas por el mismo precio que hoy pagan por infectas casucas.

Buscando el denominador común de todas las vertientes de la idea del socialismo, para lo cual advirtió Martí “Lo primero que hay que saber es de que clase de socialismo se trata...si de la Icaria de Cabet, de las visiones

socráticas de Alcott, o del mutualismo de Prohudomme, o el familisterio de Guisa, o el Calensismo de Bélgica, o el de los jóvenes hegelianos de Alemania”, manifiesta Martí “bien puede verse, ahondando un poco, en todos ellos conviene en una base general: el programa de nacionalizar la tierra y los elementos de producción”.

Martí logra comprender todas estas ideas justas, y admira por ello profundamente a Henry George, autor de un libro muy progresista entonces para Estados Unidos, *Progreso y pobreza*, y la cabeza visible de la organización obrera *Caballeros del Trabajo*, que existió en Estados Unidos entre 1870 y 1890, y quien había indicado que la monopolización del suelo, la expropiación de la tierra, era la única causa de la pobreza y de la miseria. Por supuesto, para pensadores como Marx y Engels, el programa propuesto por Henry George era muy limitado, y de ahí la expresión de Engels: “los socialistas de la doctrina de Marx también exigen reconquista del suelo por la sociedad, pero no la limitan al suelo, la extienden a todos los medios de producción sean cuales fueren”.

Si bien hay que tomar en cuenta lo anterior, no caben dudas que Henry George había expuesto un programa agrario que era impresionante para Estados Unidos en aquella época. Proponerse hacer pública la tierra era ya una cosa extraordinaria. “Solo Darwin en las ciencias naturales —dirá Martí cuatro años después de Engels ante la tumba de Marx en 1883— ha dejado en nuestros tiempos una huella comparable a la de George en la ciencia de la sociedad”. Dicho sea de paso, Henry George influiría con un gran peso en el programa agrario que desarrollaría después Sun Yat-Sen en China. Tan positivo fue, que en 1902 Lenin escribe un artículo que denomina *Democracia y populismo en China*, donde advierte que el futuro partido marxista chino debe rechazar las visiones utópicas y las posiciones reaccionarias de Sun Yat-Sen, pero debe destacar, mantener y ampliar el núcleo democrático-revolucionario de su programa político y agrario.

Cerca del final de su vida, en carta a Fermín Valdés Domínguez, su hermano del alma, Martí hace referencia al socialismo como demostración de que la presencia de la cuestión social estaba a vuelta y no podía soslayarse. Al efecto dice a Fermín en 1894: “Una cosa te tengo que celebrar mucho, y es el cariño con que tratas, y tu respeto de hombre, a los

cubanos que por ahí buscan sinceramente con este nombre o aquel, un poco más de orden cordial, y de equilibrio indispensable, en la administración de las cosas de este mundo”.

Y sigue: “Por lo noble se ha juzgar una aspiración; y no por esta o aquella verruga que le ponga la pasión humana”. Y puntualizaba:

Dos peligros tienen la idea socialista, como tantas otras: el de las lecturas extranjerizadas, confusas e incompletas, y el de la soberbia y rabia disimulada de los ambiciosos que para ir levantándose en el mundo empiezan por fingirse, por tener hombros en que alzarse frenéticos defensores de los desamparados. Unos van de pedigüños de la reina, como fue Marat, cuando el libro que le dedicó con pasta verde- a lisonja sangrienta con su huevo de justicia de Marat [...] Otros pasan de energúmenos a chambelanes, como aquellos de que cuenta Chateaubriand en sus *Memorias*. Pero en nuestro pueblo no es tanto el riesgo, como en sociedades más iracundas, y de menos claridad natural. Explicar será nuestro trabajo y liso y hondo como tú sabrás hacer. El caso no es comprometer la excelsa justicia por los modos equivocados por excesivos de pedirla. Y siempre con la justicia tú y yo, porque los errores de su forma no autorizan a las almas de buena cuna a desertar de su defensa. Muy bueno, pues, lo del primero de mayo, yo guardo tu relato ansioso.

Martí con ello se anticipaba con mucho a Mariátegui en una idea esencial a tener en cuenta para la comprensión del socialismo en América Latina. Ya sabemos cuánto daño en las fuerzas progresistas del continente hizo el calco, “las lecturas extranjerizadas, confusas e incompletas”. A mi modo de ver, cuánto pudo haber ayudado y refrescado el pensamiento martiano, por poner un ejemplo, en aquellos momentos en que las fuerzas políticas del Partido Comunista cubano, sobre todo a partir de 1929, se manejaba en los estrechos marcos del proyecto de “revolución agraria” y “antimperialista”, y de las tácticas de “clase contra clase” de los soviets o de Frente Único. “Las soluciones socialistas —puntualizaba con extraordinaria claridad Martí— nacidas de los males europeos no tienen nada que curar en las selvas del Amazonas donde se adoran todavía las divinidades salvajes”.

Antes de finalizar, quiero lanzar dos ideas muy rápidas, una de ellas ya ha estado rondando en mi intervención. Y es que el análisis y las críticas que Martí hace del modelo económico, del modelo político, eran la negación de lo que él no quería después en Cuba y el resto de América Latina. Esa es una pauta que hay que tener bien clara. Al significar que trabajaba para “el beneficio equitativo de todas las clases, y no para el predominio de una sola”, mostraba una especial preocupación por el destino futuro de la nueva República que, “fundada en el trabajo”, debía cobijar una población de elementos descompuestos por el coloniaje que debían entrar en la vida republicana, acabada de salir de la esclavitud, y donde de improviso, de lograrse rápidamente la independencia, debían convivir los antiguos amos con sus antiguos esclavos, los antiguos dominadores coloniales con los criollos colonizados, clase obrera en desarrollo y el antiguo campesinado colonizado y explotado. Esto nos hace indicar que en Martí, de las críticas del desigual modelo estadounidense de sociedad, se consolida una preocupación por el todo, por la integración, por el equilibrio, por la inclusión, que en México en 1875 lo llevó a polemizar en el Liceo Hidalgo sobre el “espíritu de conciliación” que normaba todos los actos de su vida, y elogiar en 1893 en Nueva York el genio político de Bolívar quien “en la hermandad de la aspiración común juntó, al calor de la gloria, los compuestos desemejantes” de nuestras naciones de América, y después concebir para Cuba una República “con todos y para el bien de todos”.

E insistía:

Si la Revolución es la creación de un pueblo libre y justo con los elementos descompuestos y aún entre sí mal conocidos de una colonia señorial, la obra revolucionaria consiste en fundir y guiar todos estos elementos, sin que, ninguno de ellos adquiriera un predominio desproporcionado, que afloje por los recelos la simpatía de los demás, o por falta de equidad de los ignorantes o de los cultos, ponga la obra revolucionaria en peligro.

La idea de la Liberación Nacional, concebida también por primera vez por Martí, y el antimperialismo consecuente de este, explica la respuesta oportuna a Baliño, de que “La Revolución se haría en la República”, diferenciación que hizo ver en el propio proceso formativo de Estados

Unidos de América, al considerar que “la independencia fue la de Washington y la Revolución la de Lincoln”, significando que Estados Unidos “de una República Popular se convirtió en una República de clases”.

Y lo otro, es cuando Martí, indudablemente después de aquella Conferencia de Naciones Americanas, se da cuenta de que se cernía un peligro sobre América Latina. Era un peligro terrible y Martí lo sabía, y por ello lo embargó una gran ansiedad. Destaca en sus cartas: “Sobre nuestra tierra, Gonzalo, hay otro plan más tenebroso”. Pero, además, lo advierte con una genialidad tremenda: quieren hacer la guerra para después tener una justificación y entrar en ella y apoderarse de Cuba. Y eso fue lo que pasó, ¡lo mismo que pasó!

Hay una lectura de Martí de las circunstancias y de las relaciones políticas de Estados Unidos hacia el continente que fue increíble. Por eso confiesa en el prólogo de sus *Versos Sencillos* en 1890, presa de una ansiedad tremenda por “aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos”, que le “echó el médico al monte, corrían arroyos y se cerraban las nubes: escribí versos”. Él escribió eso, en una desesperación terrible. Y cuando ya él logra completar el cuadro de las verdaderas intenciones estadounidenses contra el continente, es en la Conferencia Monetaria Internacional Americana, celebrada de nuevo en Washington de enero a abril de 1891, donde aprovecha para escribir con mayor libertad en momentos en que en Argentina no se veían muy bien las pretensiones estadounidenses, pues recordar que Argentina estaba bajo la órbita económica de la influencia de Inglaterra, y ahí es donde hay un análisis excepcional de los problemas de las relaciones económicas en el orden internacional y las consecuencias negativas para el Continente de lo que proponía el gobierno estadounidense. Por tal razón, la concepción de la independencia política en 1895 iba más allá del simple separatismo político de la metrópoli española, pues llevaba el propósito meditado y conscientemente dirigido a impedir que Cuba cayera en la órbita del imperio naciente, impidiendo a tiempo que este se apoderara de la Isla, y cayera con esa fuerza más sobre las Antillas y sobre nuestros pueblos de América.

Para mí ha sido muy provechoso hablar hoy aquí de un hombre excepcional, el cual está asido a mi vida, con el mismo sentimiento que en algún momento de su vida expresara el poeta español Juan Ramón Jiménez cuando dijo: “Desde que, casi niño, leí unos versos de Martí, no sé ya dónde [...] ‘pensé’ en él. No me dejaba. Lo veía entonces como alguien raro y distinto, no ya de nosotros los españoles, sino de los cubanos, los hispanoamericanos en general. Lo veía más derecho, más acerado, más directo, más fino, más secreto, más nacional y más universal”.

Por ello no podemos dejar de concordar con Alejo Carpentier cuando escribía de Martí que “grande ya por tanto motivos, añadió a sus muchas grandezas, la de hacerse una imagen clásica, rectora del verdadero intelectual o artista latinoamericano, urgido siempre de pronunciarse por lo temporal o lo intemporal, por lo pasajero o lo permanente, por lo actual o lo que pudiera existir sin fechas”.

Muchas gracias.

(Aplausos)

Palabras al finalizar el panel: “La vigilia perpetua: aproximaciones a la visión martiana de Estados Unidos en el contexto actual”

Adalberto Hernández Santos

Agradecemos a Yusuam Palacios y a Harold Bertot sus ponencias. Creo que sobre todo, hay un denominador común en ambas intervenciones, y es que nosotros encontramos en Martí un hombre lúcido, que sabe discernir entre qué hay que transformar, qué hay que ver, qué tenemos que asumir y qué no queremos.

Yo creo que los conceptos que Martí expresa —en su discurso “Con todos y para el bien de todos” y otros documentos—, sobre cuál era su ideal, su conceptualización de República, son en gran medida, una negación de la república que vio en Estados Unidos.

Pero por otro lado, en mi criterio, no veo en Martí —como quizás podemos ver en algún extremista de alguna religión—, que quiera destruir, desaparecer ni desterrar de la tierra la civilización estadounidense.

Martí, apreciando los frutos del saber de la humanidad, de la inteligencia y el esfuerzo de los hombres, escribe, por ejemplo, sobre Puente de Brooklyn, sobre el ferrocarril, sobre las cosas y los aspectos que realmente son destacables, pero ahí no se detiene. En uno de los primeros artículos *Impresiones de América (por un español muy fresco)* [Impressions of America (By a very fresh Spaniard)] que escribe recién llegado a ese país, no se confunde, no se desvela, no se deja seducir por todo aquello, sino que al contrario alcanza una visión muy exacta acerca de Estados Unidos. No solamente vemos que hay un sistema electivo filosófico, sino un sistema electivo para comprender la política, el arte de hacer política, y tratar de llevarlo a la vida práctica.

Muchas gracias.

(Aplausos)